60
Legajo 2
Letra a

740

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

Á PESCA DE MARIDO.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

Marco

Precio OCHO reales.

PUNTOS DE VENTA.

Administracion: calle del Pez, núm. 40, cuarto 2.º

Librería de Cuesta, calle de Carretas, 9.

MADRID.

5

Al Sr. D. Inocencio..., digo: al Sr. D. Emilio Mario, que tan perfectamente ha interpretado el papel de Inocencio en la comedia

A PESCA DE MARIDO,

En testimonio de admiracion y gratitud

El autor

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/pescademaridocom3305marc

Á PESCA DE MARIDO.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ MARCO.

Representada por primera vez, con general aplauso, en el Teatro de la Comedia, de Madrid, el dia 20 de Noviembre de 1875.

MADRID:
IMPRENTA DE LOS SEÑORES ROJAS,
Tudescos, 34, principal.
1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
TRINIDAD.	Doña Balbina Valverde.
EMILIA..	Cármen Genovés.
INOCENCIO.	Don Emilio Mario.
CÁRLOS.	Elias Aguirre.
ENRIQUE..	Ricardo Zamacois.

La accion se supone en Madrid, y en el mes de Agosto de 1873.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática titulada *El Teatro*, de D. ALONSO GULLON, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que previene la ley.

ACTO PRIMERO.

Una parte del Jardin del Buen Retiro inmediata al sitio en que tienen lugar los conciertos en el verano.

ESCENA PRIMERA.

TRINIDAD Y EMILIA.

Al levantarse el telon figura haberse terminado la primera parte de un concierto. — Oyense nutridos y prolongados aplausos. — Trinidad y Emilia aparecen por la derecha.

EMIL. ¿Le vió usted, tia?
TRIN. Le ví.
Y además de verle á él,
ví...
EMIL. ¿Qué?
TRIN. Que te dió un papel.
EMIL. ¿Con que usted lo ha visto?
TRIN. Sí.
¿Pues cómo no?
EMIL. ¡Y me lo dió
con tal cautela al pasar!..
TRIN. Mas puedes tranquila estar
que sólo lo he visto yo.
EMIL. ¿Y papá?..
TRIN. Tenía puesta
su atencion toda, absoluta,
en la admirable batuta
del Director de la orquesta.
EMIL. Respiro.

670199

TRIN. ¡Vaya un empacho
propio solo de aprendices!
¿Por qué á tu padre no dices
que te quiere ese muchacho?
EMIL. ¿Pero está usted en su juicio?..
TRIN. Lo creo en tí hasta un deber,
que no te puede traer,
además, ningun perjuicio;
pues si es hombre de bien....
EMIL. ¡Oh!
TRIN. Y te quiere....
EMIL. Puede verse.
TRIN. Tu papá no ha de oponerse.
EMIL ¿No es verdad, tia, que nó?
TRIN. De tan buenas condiciones
al fin ha de hacerse cargo....
EMIL. Pues yo temo, sin embargo,
que no se avenga á razones,
y tengamos un percance....
TRIN. ¿De qué ese temor proviene?
EMIL. Del afan mismo que tiene
por casarme á todo trance.
TRIN. ¿Y eso te infunde recelo?
EMIL. Y muy grande.
TRIN. ¿Qué me cuentas?
Si tú el novio le presentas,
más pronto cumples su anhelo:
á no ser que á tí te aflija
el casarte...
EMIL. No, eso pase:
más papá quiere me case
con el novio que él me elija.
TRIN. ¿Eso quiere? ¡Qué imprudencia!
EMIL. Usté es voto en el asunto.
TRIN. Viuda soy, y en este punto
algo sé por esperiencia,
que le tendré que advertir:
un marido es cosa...
EMIL. Justo,
que se ha de escojer á gusto....
TRIN. De quien lo ha de consumir.
¡Y hoy, hija, que está el mercado
de los hombres tan perdido!..
Echate á buscar marido
y si hallas uno arreglado....
EMIL. Pues cuando yo á usted indique

con quien empeñado está
hoy en casarme papá....

TRIN. ¿Con quién? A ver.....

EMIL. Con Enrique.

TRIN. ¡Qué! ¿Con ese trapacero?..
Acertada es la eleccion.

EMIL. Un hombre que...

TRIN. Que aficion
tan solo tiene al dinero.

EMIL. Papá cree muy formal
que me hace el oso.

TRIN. Dejarle.

EMIL. Es que, además, quiere darle
el ascenso natural.

TRIN. ¿De oso... á marido?

EMIL. Eso, sí:
y usted, tia, saber debe...

TRIN. Sé que Enrique es un aleve,
que hace el oso; mas no á tí.

EMIL. Pues claro.

TRIN. Lo más derecho,
aunque hacerlo no te cuadre,
es descubrir á tu padre
que otro hombre reina en tu pecho.

EMIL. Mas ese hombre, por hoy, que obre
de otra manera me ruega.
Quiere que calle.

TRIN. ¿Y qué alega?
¿En qué se funda?

EMIL. En que es pobre.

TRIN. No es gran recomendacion.
¡Será poeta! ¡Malhaya!..

EMIL. Es telegrafista. ¡Vaya!

TRIN. ¿Pero de qué? ¿De balcon?

EMIL. No; del Gobierno.

TRIN. ¿Empleado?
¡Mala! Muy mala carrera.

EMIL. Dice que ascender espera
muy pronto.

TRIN. ¿Sí?

EMIL. Y que, logrado,
á papá me pedirá,
porque con lo que él trabaja
en ratos de ócio...

TRIN. ¡Qué alhaja!

EMIL. Y su sueldo, reunirá...

no mucho...

TRIN. Ya se supone.

EMIL. Pero sí lo suficiente
para llenar dignamente
la obligacion que se impone.

TRIN. ¡Oh! ¡Muy bien! Eso es pensar
con gran cordura, sobrina:
con que, á más de la oficina,
él trabaja...

EMIL. Sin cesar.
Su cuarto está frente á casa,
y copiando, ó traduciendo,
puede usted ver que escribiendo
las horas libres se pasa;
mas tan sublime aficion
y afan tan santo revela,
que, aunque contemplarme anhela,
cuando me asomo al balcon,
al verle, los ojos bajo;
él satisfecho suspira
y me ve; mas no me mira
por no dejar el trabajo.

TRIN. No es tan pobre quien con tal
fé trabaja y sin reposo.
El hombre que es laborioso
en sí lleva un capital.

EMIL. El no vá á ninguna parte;
tanto que me ha sorprendido
que haya al Retiro venido.

TRIN. Sin duda vino por darte
la tal cartita...

EMIL. Quizá.
Hoy no nos vimos...

TRIN. ¿De veras?
¿Y qué haces que no te enteras?...

EMIL. Eso, y que venga papá...

TRIN. ¿Inocencio? No hay cuidado.
Allí le tienes: ¿le ves? (Mirando hácia la derecha.)
Charlando con esos tres
jóvenes que se ha encontrado.

EMIL. Pues tome usté entónces. (Dándole una carta.)

TRIN. Quita. (Rechazándola dulcemente.)

EMIL. Si quiero que usted la lea (Insistiendo.)
á fin de que aprecie y vea.....

TRIN. ¿Que la letra es muy bonita?
(Viendo la letra á la luz de un farol.)

EMIL. Y hecha con lápiz.
TRIN. Preciosa.
EMIL. No hay muchos hombres que...
TRIN. No.
EMIL. Pues quien tal letra trazó
tiene el alma aun más hermosa.
TRIN. «Un dia entero sin verte! (Leyendo.)
»¡Noche eterna de agonía!
»No he visto, en la vida, un dia
»tan parecido á la muerte.
»Mas si mucho sufrí hoy,
»mucho en pago mi fé alcanza,
»que vine con la esperanza
»y con la dicha me voy.
»Mañana tengo que ver
»á un amigo, Emilia mia,
»que goza de gran valía
»y me quiere proteger.
»Esta proteccion espero
»que fije mi porvenir:
»si es así, podré decir
»á tu padre que te quiero.
»Confiemos en Dios, que á él
»en vano nunca se acude:
»en tanto, tu amor no dude
»del amor de tu Manuel.»
EMIL. ¿Qué tal?
TRIN. Muy bien, en verdad.
EMIL. ¿Mas qué va á ser de los dos
si papá?...
TRIN. Confia en Dios,
y en tu tia Trinidad.
Yo no dejaré registro
que en tu bien pueda influir,
y... de algo me ha de servir
tener un tio ministro.
EMIL. Es posible!... Agradecida...
TRIN. ¡Pero se acerca Inocencio! (Dando la carta á Emilia.)
EMIL. ¡Mi padre! Por Dios, silencio
hasta que Manuel. . (Guardando la carta.)
TRIN. Descuida.

ESCENA II.

DICHAS É INOCENCIO.

INOC. (Saliendo por la derecha.)
Nada, por más que me enfado
y por más que os diga y grite,
no puedo lograr se os quite
ese vicio condenado.
¡Qué! ¡Si es mucha estravagancia!..
TRIN. ¿Qué dices?
INOC. ¡Qué he de decir!
¡Que siempre, siempre habeis de ir
una legua de distancia!
Así es que, al salirme al paso
tres conocidos há poco,
os chicheé como un loco;
pero no me hicisteis caso:
seguisteis siempre de frente
y yo con tanto chi! chi!
lo que llamar conseguí
fué... la atencion de la gente.
TRIN. Mi comandante..
INOC. Burlar
os podeis, sino es bastante...
como soy un comandante
mandado ya retirar...
EMIL. No, papá, y á haberlo oido...
INOC. Si trotais hasta con gula;
pero anda, á tu gusto mula,
¡buen rato os habeis perdido!
¡Qué tres piezas! ¡Ay! ¡Qué tres!
¡tan traviesos! ¡tan sagaces!
¡tan alegres!... Son capaces
de hacer reir á un inglés.
¡Y solteros!—Uno, Pablo,
es un tronera deshecho.
Hasta él dice que lo han hecho
de la piel del mismo diablo.
No hay fiesta ni travesura
en que no figure ó ande.
¡Lástima, lástima grande
que esté resuelto á ser cura!
TRIN. ¡Cómo!

EMIL. ¡Tal anomalía!...
INOC. ¿Y qué quereis? Le dejó
su abuela, cuando murió...
TRIN. ¿Alguna capellania?...
INOC. Y él, que es ya buen sacristan,
habrá, Trinidad, echado
sus cuentas y el resultado
le habrá dicho: capellan.
TRIN. ¡Bravo!
EMIL. Pero causa horror
ver que se obra de ese modo!
INOC. Es que el hombre, hija, ante todo
tiene que ser previsor;
y el tal Pablo, á lo que entiendo,
ha procurado evitar
le pueda un dia pasar
lo que le está sucediendo
á su amigo Mercadante,
doctor en leyes, que brama
porque tiene... mucha fama,
pero ningun litigante;
y es capaz de defender
que es batista el paño burdo,
si el sostener tal absurdo
le puede á él... sostener.
O al otro, Julian del Mazo,
que es alférez ¡buena breva!
unos diez años, y lleva
más de nueve de reemplazo.
TRIN. ¡Qué mal de la situacion
hablará!
INOC. ¡Y de todo bicho!...
Si no le ascienden, me ha dicho
que se pasa á la faccion.
TRIN. Pues señor, observo, hermano,
que hicimos bien en trotar.
INOC. No te quiero replicar:
vamos, Trinidad, al grano.
—¿Visteis á Enrique?
EMIL. (¡Adios!)
TRIN. No.
INOC. Aquí, entónces, ¿qué habeis hecho?
TRIN. Hombre...
INOC. Nada de provecho.
Pues él en venir quedó
y es fuerza buscarle.

TRIN. ¿Sí?
Oye, Inocencio, una cosa:
mi abogado con su esposa
está en el café.
INOC. Lo ví.
TRIN Me dejais con ellos...
EMIL. (Asustada.) ¡Qué!
TRIN. Y despues podeis los dos
correr benditos de Dios
tras de Enrique.
INOC. (Ofreciéndole el brazo.) Apóyate,
y en marcha, en marcha al instante.
EMIL. ¿Me va usted á abandonar? (A Trinidad.)
TRIN. Calla.
INOC. Que hay que aprovechar
el descanso!—Tú. delante.

(Deteniéndose para decir la última frase á Emilia que desaparece por el último término de la derecha seguida de Trinidad é Inocencio.)

ESCENA III.

ENRIQUE.

(Apareciendo por la derecha, primer término.)

¿Por dónde andará, por dónde,
la trinidad que persigo,
que, por más vueltas que doy
y por todas partes miro,
á ninguna de las tres
personas de ella distingo?
Y lo que es estar, están:
no hay que dudarlo: ¡poquito
se animó don Inocencio
al oir el panegírico
que pronuncié de las fiestas
musicales del Retiro!
¡No, bien pago al empresario
el billete gratuito
que me ha dado para entrar!
Porque yo no pierdo ripio;
¡cada bombo que le doy
en las casas que visito!..
—Pues señor, aquí no encuentro

(Dirigiéndose á la izquierda y fijándose en Carlos que le sale al paso.)

lo que yo busco: á otro sitio.
Mas ¡calle! Se me figura
que aquel es... ¡sí que es! ¡Carlitos!

ESCENA IV.

DICHO Y CARLOS.

CARLOS. Hola, Enrique, ¿por aquí
tú tambien?
ENR. Eso es sabido.
¡Qué orquesta, Cárlos, qué orquesta!
CARLOS. ¡Admirable!
ENR. Es un prodigio.
¡Qué scherzo! ¡Qué sinfonía
de las comadres de Windsor!
¡Qué... Y es mejor la segunda
parte.
CARLOS. ¿Sí?
ENR. ¡Tocan un himno!..
CARLOS. Así atraen tanta gente
los conciertos del Retiro.
ENR. ¡Pero si no hay espectáculo
que ofrezca más atractivos!
¿Cómo pueden compararse
con esto los caballitos
y los clowns de Price que siempre
te están haciendo lo mismo?
Pues vete al Circo de Rivas.
Aparato esplendidísimo.
¡Mucha mujer por el aire!
¡Mucho oropel! ¡Mucho brinco!
¡Mucha pantomima! Y mucha...
Mas nada de positivo.
¡Pero esto!.. No le des vueltas:
esto es otro paraiso.
Una música... hasta allí.
Primavera en el estío,
y unas mujeres... ¡qué... vamos
que le vuelven á uno el juicio!
CARLOS. No han de volvérmelo á mí;
ni correrá ese peligro
quien las mire, como yo,
como al mayor enemigo.

No lo puedo remediar:
tengo al sexo femenino
verdadera antipatía.

ENR. ¡Ay! Que muchas que yo he visto
son, á despecho de todo,
iman para el más esquivo
corazon de los mortales:
antídoto peregrino
contra el mal de soltería;
y providencial martirio
de las rosas y claveles,
de los nardos y los lirios,
que se ufanaban, creyendo
embellecer este sitio,
y, al paso de tanta hermosa,
se recatan entre el mirto,
envidiando su frescura,
y su gracia, y sus hechizos.

CARLOS. Sublime!

ENR. ¡Bah! No te burles...

CARLOS. ¡Qué he de burlarme! Aunque digno
de causa mejor, encuentro
lo que has dicho muy bonito.

ENR. ¡Tú! ¡El orador que se está
conquistando el más legítimo
de los triunfos en las Córtes
con sus discursos magníficos!

CARLOS. Siendo de la oposicion
con muy poco se hace ruido,
y fácilmente se logra
que aplaudan...

ENR. Si, los amigos;
pero nó, Carlos, que aplaudan,
como te aplauden, los mismos
que se ven, con tus razones,
triturados y vencidos.

CARLOS. ¿Y qué? ¡Si no he de comer
hasta que suban los mios!..

ENR. ¿Y por qué has de hacer la guerra
á un Gobierno sostenido
por tan vasta mayoria?

CARLOS. Ya me pesa.

ENR. ¿Si? Pues, chico,
media vuelta y al negocio;
te vendes al enemigo.

CARLOS. Como quisiera comprarme,

no me haria yo el mohino:
con decoro, por supuesto...

ENR. No repares en pelillos.

CARLOS. Es que yo, al venir, contraje
muy sagrados compromisos.
Resuelto á ser diputado,
porque así se adquieren títulos
para poder aspirar
á todo, mas sin distrito
y falto de esos recursos
elocuentes y precisos (Indicando dinero.)
para ganar voluntades,
consideraba un delirio
empeñar la lucha, cuando
se me presenta un amigo
y me dice:—¿Quieres ser
diputado?—A eso aspiro.
—Una condicion se exije.—
—¿Y cuál es?—Ser enemigo
declarado del Gobierno.—
—Yo pensaba serle adicto,
mas le haré la oposicion,
si me eligen.—Elegido.—
Y me eligieron.

ENR Comprendo:
hiciste entónces contigo
lo que acostumbro yo á hacer
con mi reloj de bolsillo.
Te empeñaste.

CARLOS. Justamente.

ENR. De todos modos, te envidio.
Tu porvenir es tan claro
como nebuloso el mio;
y esto es natural y lógico:
distinta senda emprendimos,
y el punto donde arribemos
ha de ser tambien distinto.
Redactor de fondo tú,
vas siguiendo tu camino.
Ya llegaste á diputado,
mañana serás ministro...
¡Oh! ¡Lo serás! ¡Pero yó
que ni siquiera consigo
llegar á... gacetillero
por más que lo solicito!

CARLOS. Pues tú tienes chispa...

ENR. Mas
dicen que no tengo juicio.
CARLOS. Yo he leido versos tuyos...
ENR. ¡Ah! sí, en un periodiquillo
que costea un pobre padre
porque es poeta su hijo.
CARLOS ¿Y eso te produce?...
ENR. Gloria.
CARLOS. ¿Pues de qué vives?
ENR. Visito
muchas casas: entro en ellas
muy decidor y expansivo,
y hoy me convidan aquí,
mañana allá me convido,
y el dia que no...
CARLOS ¿Se ayuna?
ENR Ese dia... me resigno
á comer emparedados
y dulces... que economizo
en todas las reuniones
y los bailes á que asisto.
CARLOS. ¡Já! ¡já!
ENR. No te rias.
CARLOS. Vaya,
cuando yo sea... ministro,
te protejeré!
ENR. ¿De veras?
Pues apúntalo.
CARLOS. Está dicho.
ENR. Es que mi tedio es tan grande
que he pensado...
CARLOS. ¿En el suicidio?
ENR. En el matrimonio.
CARLOS. ¡Horror!
ENR. Pues nada, me sacrifico,
como encuentre una mujer
de unos treinta... á treinta y cinco ..
CARLOS. ¡Años!
ENR. ¡Ca! Miles de duros.
En cuanto á los años, chico,
no quiero ser exigente;
con los que tenga la admito.
CARLOS. Mas vender tu libertad...
ENR. Joya que vale muchísimo;
pero otra no tengo, y como
estoy apurado, amigo,

dichosos mis bienes sean
si logro yo, con su auxilio,
remediar mis males.—Y oye:
mi joya está en gran peligro.

CARLOS. ¿Se presentó compradora?

ENR. Sí; pero no me decido...

CARLOS. Tendrá máculas la pobre!

ENR. No le falta mas que un pico.

CARLOS. ¡Qué!

ENR. Que solo tiene veinte
mil duros.

CARLOS. ¡Ah!

ENR. Para el mínimum
le faltan diez y no quiero
mal vender.

CARLOS. Será un vestiglo...

ENR. Tú, como en siendo mujer,
con ojos de basilisco
la has de mirar ya...

CARLOS. ¿Qué quieres?

ENR. ¡Pues ten, Cárlos, entendido
que la mujer, de que hablamos,
es sobrina de un ministro!

CARLOS ¿Sobrina de?..

ENR. Nada ménos:
y, sin salir del Retiro,
puedes ver lo que ella vale.

CARLOS. ¿Aquí?..

ENR. Debe haber venido.

CARLOS. Pues, hombre, sí que tendria
curiosidad...

ENR. Ven conmigo:
la buscaremos...

CARLOS. Yo creo
que con sus buenos oficios...

ENR. Tu negocio aseguraba:
¿quién lo duda? Pero, chico,
mucho tacto: no te muestres
como con todas arisco.

CARLOS. ¡Hombre!..

ENR. Prescinde de que ella
es mujer.

CARLOS. Descuida.

ENR. Digo,
ten muy presente que lo es
y que debes, por lo mismo,

halagar su vanidad
y adularla.

CARLOS. Convenido.
Por supuesto, que esta noche,
si la vemos, me limito
á preparar....

ENR. Nada más.
Sí.

CARLOS. Ni la ocasion ni el sitio
son apropósito....

ENR. Andando.
Verás que es un buen partido.

CARLOS. Vamos, pues.

ENR. Ya se darian
algunos por contentísimos:
mas yo me tasé en un tanto
y como no llegue al tipo...
(Desaparecen por la derecha.)

ESCENA V.

EMILIA É INOCENCIO.

INOC. (Saliendo con Emilia por la izquierda y despues de convencerse de que Enrique no está.)
¡Tampoco! ¡Pues yo no cejo!

EMIL. ¡Vaya un empeño, papá!

INOC. No es empeño, Emilia, nó:
es que tengo más edad
que tú, y miro las cosas
como se deben mirar.

EMIL. Pero si es que don Enrique
no me ha dicho á mí jamás
nada que le ligue....

INOC. ¡Calla!

EMIL. Papá, que entre los dos no hay
lazo alguno...

INOC. ¡Que te calles!
Yo no sé qué entenderá
esta chiquilla ¡Dios mio!
por lazo y por.. ¡Voto á San!..
—¡No te ha dicho una y mil veces:
«¡Qué bonita es usted!»

EMIL. ¡Bah!

INOC. «¡Qué ojos tiene y qué boquita!

¡Feliz, feliz el mortal
que consiga ser el dueño
de tanta y tanta beldad!»
Y todo esto suspirando
y así, con un aire tan...

EMIL. Son frases que se prodigan
sin trascendencia...

INOC. No tal.
¿Y los suspiros? contesta:
¿á qué viene suspirar
y aquel temblor de los ojos?

EMIL. Será un vicio en él quizá.

INOC. Vamos á ver ¿y por qué,
sin que gastemos un real,
recibimos el periódico
titulado *El Tulipan*?..

EMIL. Por pura galanteria.
Como él colabora...

INOC. ¡Ya!
Y por qué en todos los números
se encuentra algun madrigal,
algun soneto, ó romance,
que van dedicados A...

EMIL. ¿A quién?

INOC. A A...

EMIL. Acabe usted.

INOC. Pero si no pone más
que una A muy grande y tres puntos.

EMIL. Pues vaya usté á averiguar
quien es la dichosa....

INOC. Tú.

EMIL. Aprension de uste

INOC. ¿Y serán
tambien aprensiones mias
que se nos venga á almorzar
todos los dias á casa?

EMIL. No, no todos.

INOC. Es verdad:
sólo almuerza algunos dias;
pero come los demás.

EMIL. Como usted le invita siempre...

INOC. ¡Eh! Yo qué le he de invitar!
Algunas veces, cumpliendo
un deber de urbanidad,
le digo—¿gusta usté, Enrique?
es decir, ¡ni aun eso, ca!

Nunca se lo digo porque
él no me deja acabar,
pues apenas oye el gus...
ya está partiéndose el pan.
Y por ello no le culpo:
sí él te quiere, no hace mal;
quien obra mal eres tú.

EMIL Pero si...

INOC. Tú, que en lugar
de atraerle y animarle...

EMIL. ¡Yo!...

INOC. Es que los hombres no están
como en mis tiempos. ¡Oh! Cuando
me casé con tu mamá,
á quien Dios tenga en la gloria,
uno, sin reflexionar,
se casaba; mas lo que es
en el dia, ya verás.
Y yo lo siento por tí....
¿Pero á qué viene llorar?

EMIL. Porque estoy viendo que usted
no me quiere.

INOC. Quita allá.

EMIL. Por lo ménos, á su lado.

INOC. ¡Cómo! ¿Me crees capaz?...
¡Ah! ¡No, no! Sabe, hija mia,
para tu tranquilidad,
que, si anhelo que te cases,
no consentiré jamás
que de mi lado te aleje
el que te lleve al altar.
¡Pues no faltaba otra cosa!
Tú no comprendes mi afan.
Mira, si tú fueras hombre,
ya sería otro cantar:
con enviarte á la escuela,
luego á la Universidad,
y hacerte abogado... ó médico,
ó empleado, sin estudiar,
se acabó mi comision:
¡mas siendo mujer!... ¡Ay! ¡ay!
Mujer... á secas, es como
un cero á la izquierda, igual.
Para que algo represente,
se le tiene qué adjuntar
otro guarismo y entónces

resulta una cantidad
equivalente á... mujer
de don Fulano de tal.
Esta es la única carrera
á que puedes aspirar,
y es, además de ser única,
una carrera que está
rodeada, Emilia mia,
de tanta dificultad,
que, de cada ciento, cuatro
la consiguen acabar.
Con que á ver como te aplicas;
que ¡ay de ti! si eres de las
infelices que se llevan
calabazas al final!

EMIL. Aun no es tarde, y quizá pronto...
ahora recuerde el refran
que advierte: ántes que te cases...

INOC. Esa advertencia es no más
para los hombres, cuidado...

EMIL. ¡De veras! Es general.

INOC. Bien; aunque lo sea: Enrique
no es ningun pelafustan.

EMIL. Pero si á mí no me quiere,
ni yo...

INOC. No me la pegais.

EMIL. (Al fin tendré que decirle...)

INOC. Ese interés especial
que muestra siempre en saber
si vamos aquí ó allá...

EMIL. ¿Y es por mí?

INOC. No, por mí.
Yo soy la hurí celestial
de los tres puntos. ¿No es eso?

EMIL. Pero venga usted acá.
¿Quiere usted que le hable claro?

INOC. ¿Y qué me vas á contar?

EMIL. ¿No pudiera ser la tia
esa hurí?

INOC. ¿Quién? ¿Trinidad?

EMIL. Ella vive con nosotros.
No le quiero á usted negar
que, al conocernos, Enrique
dió alguna que otra señal
de cariño hácia mí; pero
mudado habrá de pensar

y hoy quien le atrae es... la tia.
INOC. ¡Mi cuñada!
EMIL. Pues.
INOC. ¿Formal?
EMIL. ¿No ha de serlo? Ya lo creo.
INOC. ¡Imposible! Apénas hay
diferencia entre ella y tú.
EMIL. Pero en su favor está.
Y sino, á ver: ¿yo de quién
soy hija?
INOC. ¿Qué?
EMIL. La verdad.
INOC. Tu eres hija de... ¡me gusta!
pues, hija de tu papá.
EMIL. Mas ¿qué es mi papá?
INOC. ¿Tu padre?
Un militar muy leal...
EMIL. Pero, como él mismo dice,
mandado ya retirar.
Y ¿qué es mi tia? Sobrina
de un ministro.
INOC. Si.
EMIL. Además,
yo soy pobre.
INOC. Ciertamente.
EMIL Y ella tiene un capital.
INOC. Al morir, veinte mil duros
le dejó mi hermano Juan,
y si la Audiencia confirma
un auto del tribunal
de primera instancia, como
al fin lo confirmará,
va á recibir otros diez.
EMIL Y treinta mil sumarán.
¿Pues qué mayor aliciente?
¡Y en el siglo del metal!
INOC. En ese y en todos, hija,
desde los tiempos de Adan.
¡Pero, si hoy víctimas somos
de tan triste realidad,
yo tengo la culpa!
EMIL. ¿Usted?
INOC Sí, yo, que con el afan
de darte una ostentacion
que no te podia dar
con mi modesto retiro,

con un candor criminal
á mi cuñada propuse,
cuando acabó de enviudar,
que podia, con nosotros,
vivir en comunidad:
¡torpe de mí! Al proponérselo,
obré como un colegial.

EMIL. ¿Y por qué?

INOC. ¿Pues no lo vés?
Semejante sociedad
nos perjudica.

EMIL. Al contrario.

INOC. Nos perjudica. Apesar
de cuanto digas, tu tia
te ha desbancado, no hay más.

EMIL. Eso fuera un beneficio
para mí.

INOC. ¿Quieres callar?

EMIL. ¡Pero muy grande! ¡Librarme
de un hombre falso y venal!...

INOC. Vaya, tú todo lo coras
con tu esquisita bondad;
pero yo lo veo todo
con su color natural
y sé lo que hacer me toca.
Ahora insisto en ver si dar
podemos con el dichoso
Enrique.

EMIL. Vamos allá. (Con resignacion.)

INOC. ¿Pero no es aquel?..... (Mirando hácia la derecha.)

EMIL. El mismo.

INOC. Hácia aquí viene el truan.
¡Y viene con otro!

EMIL. Sí.

INOC. Muy buen mozo, ¿no es verdad?
(A Emilia acariciando una idea.)

EMIL. ¡Eh! No le diga usté á Enrique
que los dos venimos tras
él.....

INOC. No mujer, no faltaba...
Mira, y á fin de evitar
un encuentro tan... tan brusco,
desfilamos por acá,
luego hacemos flanco izquierdo...
y como cosa casual.....

(Se dirigen al fondo por la izquierda perdiéndose entre los árboles.)

ESCENA VI.

ENRIQUE, CARLOS.

CARLOS. (Apareciendo con Enrique por la derecha.)
Vaya, chico, esa señora
te ha dado un solemne chasco.
ENR. No desesperes tan pronto.
Verás cómo la encontramos.
CARLOS. Como borricos de noria,
vuelta tras vuelta hemos dado
alrededor de las sillas...
ENR. Es que estará paseando
y no es fácil dar con ella:
mas cuando acabe el descanso...
CARLOS. ¿Volveremos á la noria?

ESCENA VII.

DICHOS, EMILIA É INOCENCIO.

INOC. (Apareciendo con Emilia por el fondo izquierda.)
(Tendremos que presentarnos
porque se puede escapar...)
¿Te parece nos hagamos
los encontradizos?
(A Emilia y dirigiéndose al proscenio.)
EMIL. (Con resignacion.) Bien.
CARLOS. Pues oye, Enrique: entre tanto,
propongo que nos sentemos
porque estoy algo cansado,
y si despues...
ENR. Como quieras.
Mas qué veo! *Hosanna*, Cárlos!
(Descubriendo á Inocencio y Emilia al irse á sentar en un banco que habrá á la izquierda.)
CARLOS. ¿Ya pareció aquello? (A Enrique.)
ENR. (A Carlos.) Si.
INOC. Oh! Qué es lo que estoy mirando!
(Haciéndose de nuevas al ver á Enrique.)
¿No es Enrique?
EMIL. Si señor.
ENR. ¡Amigo mio! (A Inocencio.)

CARLOS. (No es malo
el aspecto.) (Por Emilia.)
ENR. ¿Pero dónde
está Trinidad?
INOC. Hablando
la tiene usted de su pleito
con su señor abogado,
á quien halló con su esposa
en el café.
EMIL. No hace caso
de mí: ¿lo ve usted? (A Inocencio.)
INOC. Ya veo. (A Emilia.)
¿Sabe usted que el encontrarnos
(A Enrique.)
ha sido una suerte, Enrique?
ENR. Para mí, al ménos, declaro
que lo es, y grande, el poder
disfrutar siquiera un rato
de la amable compañía
de ustedes, de la que avaro
se ha de mostrar todo aquel
que una vez lo haya logrado.
INOC. Como lo es para nosotros
poder estrechar su mano
y tener ocasion de...
¿no es verdad, Emilia? Di algo.
(La última frase aparte á Emilia).
CARLOS. (¡Se llama Emilia!)
EMIL. En efecto...
ENR Pues entónces convengamos...
INOC. En que ha sido una gran suerte
para todos.
ENR. Yo buscando
fuí á ustedes toda la noche,
y ahora justamente hablábamos...
CARLOS. Preséntame. (Aparte á Enrique.)
INOC. Pues por eso,
por eso mismo, ¡canario!
la suerte fué para todos,
porque si usted, como un galgo,
tras nosotros ha corrido,
Emilia y yo reventados
estamos de ir tras de usted.
EMIL. ¡Pero, papá!.. (Reconviniéndole aparte.)
INOC. (¡Voto al chápiro!
¡Se me fué!)

ENR. Siento ser causa
de que se hayan fatigado
de ese modo.
EMIL Papá abulta
un poco...
CARLOS. (Ha sido un hallazgo
para mí encontrar á Enrique.)
ENR. No obstante, quede sentado
que no tengo yo la culpa.
Con este amigo del brazo...
(Por Cárlos.)
CARLOS Preséntame. (A Enrique.)
ENR. Y apropósito:
presento á ustedes á Cárlos
Martinez de San Roman,
periodista, diputado,
hombre de gran porvenir,
y más que amigo, un hermano.
INOC. (¡Diputado!)
ENR. (A Cárlos.) Ya ves cómo
te voy preparando el campo.
INOC. (¡Diputado!)
ENR. Y muy notable,
por su elocuencia...
CARLOS. No tanto...
INOC. ¡Diputado nada ménos!
(A Emilia entusiasmado)
EMIL. ¡Gran cosa! (Aparte á Inocencio.)
INOC. (A Emilia.) ¡No le hagas ascos!
EMIL. (¿A que ya mi padre intenta
casarme con él?)
ENR. La mano.
(Tendiendo la suya á Inocencio y presentándole á Cárlos.)
Don Inocencio Gonzalez,
hoy militar...
INOC. ¡Por los clavos!
Propietario, diga usted,
y con más razon estando
en mis posesiones.
ENR. ¡Cómo!
CARLOS. ¿Sus posesiones?
ENR. (Comprendiendo.) ¡Ah, Vamos!
INOC. ¿No me han dado á mí el retiro?
ENR. Si señor.
INOC. Pues propietario:
y siempre suena mejor

que militar retirado.

CARLOS. Yo en el valor, no en el nombre,
de las personas reparo:
sé que usted vale bastante...

INOC. ¡Oh! (Confundido.)

ENR. Ya habrás adivinado
quién es esta jóven.

INOC. Emilia, mi hija...

CARLOS. Por muchos años.

INOC. Unica y soltera, á quien,
como á su padre, es muy grato
haber tenido ocasion
de conocer á don Cárlos
Martinez de San Roman,
periodista y diputado.

CARLOS. (¡Qué amable!) Yo soy el que
debe estar, por el contrario,
muy agradecido á Enrique
por haberme deparado
en usted un nuevo amigo
tan bondadoso y simpático,
y la dicha de admirar,
en su hija Emilia, un dechado
perfecto...

EMIL. Doy á usted gracias...

CARLOS. Bien puede sin menoscabo
darlas quien tantas reune,
y no estrañarse de que, ávido,
las acepte quien se ve,
como yo, de ellas tan falto.

INOC. ¡Digo! ¡Digo.

ENR. Muy bien, chico. (A Cárlos.)

INOC. (¡Si Emilia tuviera gancho!...)

EMIL. Papá, vámonos?

INOC. (¡Vaya una
salida de pie de banco!)

CARLOS. Por mí, no...

INOC. ¿Y por qué hemos de irnos?.

EMIL. Debe acabarse el descanso.

INOC. Eso sí: ya están los músicos
subiendo.

ENR. Pues no perdamos
ni una nota.

INOC. No.

ENR. ¡Qué orquesta!
¡qué orquesta!

INOC. Me ha entusiasmado.
Ni la de mi regimiento.
Y eso que tenia cuatro
chinescos, dos bombos...
CARLOS. ¿Sí?
INOC. ¡Y seis platillos!
ENR. (¡Qué escándalo!)
¿Pero y Trinidad no viene?
INOC. ¡Esta es otra! Si quedamos
en ir á buscarla!...
EMIL. Y ya
debe de estar esperándonos.
CARLOS. (Esa Trinidad tal vez
será la mamá.)
INOC. (De mal humor.) Bien, vamos.
ENR. ¿Si quiere usted que yo vaya?..
INOC. (¡Qué pillo! Mas...) Sí, lo aplaudo.
(Voy á ver si pesco á este.) (Por Cárlos.)
Me hará usted un señalado
favor, porque, amigo, estoy
que no puedo dar un paso.
ENR. ¿Punto de reunion?
INOC. Aquí.
ENR. Corriente: ¿te vienes, Carlos?
INOC. ¿Y por qué?
EMIL. Déjele usted. (A Inocencio.)
INOC. Que se quede, siempre y cuando
esto no le contraríe
ó le moleste, pues mi ánimo...
CARLOS. ¡Molestarme!..
ENR. La eleccion
no es dudosa.
INOC (Con sorna.) Sin embargo,
de gustos no hay nada escrito
y algunos...
ENR. ¿Merecen palos?
(Te veo.)
CARLOS. Yo muy gustoso
me quedaré...
EMIL. (¡Vaya un rato
que me espera!)
INOC. Pues entónces...
ENR. Abur.
INOC. Bien.
ENR. Voy en un salto...
(Vase por la derecha.)

CARLOS. (Iré minando el terreno.)
INOC. (¡Oh! Lo que es á este lo engancho!)

ESCENA VIII.

DICHOS, MENOS ENRIQUE.

CARLOS. La dicha que esperimento
no me es fácil esplicar.
INOC. ¿Sí?
EMIL. (¿A que se vá á declarar?)
INOC. Pero tomemos asiento.
CARLOS. El cansancio así se aplaca.
INOC. Usté allí.
(Indicando el estremo izquierdo del banco á Cárlos y colocando á Émilia en el centro.)
CARLOS. Como usted quiera.
INOC. ¿Sabe usted lo que quisiera?
Ofrecerle una butaca,
en vez de un banco modesto.
CARLOS. Por Dios...
INOC. No es galantería.
CARLOS Con tan buena compañía,
ningun asiento es molesto.
INOC. ¡Oh! Mas si usté un dia pasa
por nuestra calle...
CARLOS. Quizá...
INOC. Así... casualmente...
CARLOS. ¡Ya!
EMIL. (¡Ya le tenemos en casa!)
INOC. Si nada tiene que hacer
y no se quiere aburrir
por no saber á donde ir,
ó no se quiere exponer
á tropezar de repente
con algun posma elector,
se dice usted: «pues señor,
voy á ver qué hace esa gente.»
Y esta gente, agradecida
á visita tan honrosa,
le ofrecerá, muy gustosa,
la butaca consabida.
CARLOS. ¡Tan bondadosas mercedes

cómo pagar ya no sé!
Mañana á ponerme iré
á las órdenes de ustedes,
sin que el ócio entre por nada,
pues tan solo me hará ir
el justo afan de cumplir
una obligacion sagrada.

INOC. Entónces, punto final:
Desengaño, uno, entresuelo....

CARLOS. ¡Si somos vecinos!

EMIL. (¡Cielo!)

INOC. ¿Sí?

CARLOS. Luna, seis, principal.

INOC. ¡Ya sé dónde es!

EMIL. (¡Qué desgracia!)

INOC. Si es Luna, seis...

CARLOS. Si, señor.

INOC. Vive usted... con el doctor
que está siempre en su farmacia.

EMIL. ¿Con Garrido?

CARLOS. Encima.

INOC. Eso es:
encima de la botica.

EMIL ¿No es ese el que se dedica
á los desahuciados? (Con intencion.)

CARLOS. Pues.

INOC. El camino nada extraño
le será.

CARLOS. Sigo adelante
mi calle...

INOC. Y en un instante...

EMIL. Va usté á la del Desengaño.

CARLOS. Justamente.

INOC Conque...

CARLOS. Digo
que iré y usted ha de ver...

INOC. Y solo: no es menester
que vaya usted con su amigo
pues de verle no respondo
si usted aguarda á que él...

CARLOS. No.

INOC. Se lo digo, porque yo
le conozco muy á fondo.

CARLOS. ¡Hola!

INOC. Enrique es muy ligero

CARLOS. Pché...

INOC. Le falta corazon...
CARLOS. Tiene usted mucha razon.
(Contradecirle no quiero.)
Es... muy... muy superficial.
INOC. Me alegro que usted...
EMIL. (¡Qué escucho!
¡Qué hombres! ¡Este quiere mucho
al otro y de él habla mal!)
INOC. Luego gusta de bullangas...
CARLOS. ¿Sí?
INOC. Y de otra cosa peor.
De ir á caza.
CARLOS. No señor.
INOC. Es que es á caza de gangas.
CARLOS. ¡Ah! (¡Ya el papá está escamado!)
EMIL. ¡Oh! ¡Cuán poca caridad
hay en el mûndo!...
CARLOS. Es verdad.
Debimos haber callado...
sabiendo Emilia que á usté
mortificarle podia...
EMIL. ¿A mí? No.
CARLOS. (¡Qué hipocresía!)
¿Piensa usted que yo no sé?..
No me haga tan inexperto.
Ustedes se aman. (En confianza.
EMIL. ¡Por Dios!
¿Enrique y yo?
CARLOS. Sí, los dos.
INOC. Puede que no sea cierto.
CARLOS. Cuando el rio suena, es prueba...
INOC. (¡Esto es grave!)
EMIL. Prueba vana.
INOC. (Trinidad carda la lana
y esta la fama se lleva.)
CARLOS. ¿Pero á qué negarlo?
EMIL. ¡Dale!
Suplico á usted rectifique...
CARLOS. Bueno: lo que hay es que Enrique
no aprecia á usté en lo que vale,
y es cosa que yo deploro.
INOC. Pues en eso hace usted mal.
CARLOS. ¡Feliz, feliz el mortal
que consiga ese tesoro!
(Pues señor, ¡si así no medro!..)
INOC. ¡Feliz dice! Ya has oido. (A Emilia.)

¡Y este sí que es un partido'..
EMIL. (Tan bueno es Juan como Pedro.)
INOC. Usté es todo corazon. (A Cárlos.)
CARLOS. Si, señor.
INOC. Se vé enseguida.
EMIL. Enrique viene.
INOC. (¡Por vida!)
CARLOS. (¡Qué listo volvió el bribon!)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, TRINIDAD Y ENRIQUE.

ENR. ¡Qué orquesta! ¡Qué orquesta!
(A Trinidad, con quien sale por la derecha.)
TRIN. Si.
(¡Jesús! Charla por los codos.)
INOC. ¡Vaya! ¿Conque estamos todos?
ENR. Ya estamos todos aquí.
INOC. (Ahora le irá á presentar...)
ENR. ¡Quédate bizco! —Presento
(La primera frase á Cárlos: lo demás á Trinidad y presentando á Cárlos.)
á usté al amigo, al portento
de que le acabo de hablar.
TRIN. ¡Ah! ¿El señor es? (Asombrada.)
CARLOS. (Con humildad.) Los poetas
siempre exageran, señora ..
TRIN. No siempre, y Enrique ahora...
INOC. Bien, dejarse de etiquetas.
CARLOS. Por la hermosura que brilla
en la niña, presentí
la de su mamá...
TRIN. ¿Y á mi?..
CARLOS. De tal árbol, tal astilla.
TRIN. Arbol... ¿qué? No soy tal cosa.
CARLOS. ¿Usted no es la esposa? (Señalando á Inocencio.)
ENR. No.
CARLOS. (¡Jesús! ¡Qué pífia!) Pues yo...
TRIN. No soy ni mamá ni esposa.
EMIL. Es mi tia.
INOC. Si, su tia.
CARLOS. ¿Y soltera?..
INOC. No, casada
con mi hermano.

CARLOS. ¡Ya! ¿Cuñada? ..
INOC. Si señor, cuñada mia.
TRIN. Pero viuda.
INOC. (¡Voto vá!)
CARLOS. ¿Sí?
TRIN. ¡Viuda!
INOC. ¡Si ya lo ha oido! (A Trinidad.)
ENR. ¡Pero qué viuda, querido!..
En fin, á la vista está.
Más fresca que una manzana.
INOC. Bueno, bien...
ENR. ¡Y qué semblante!
CARLOS. ¡Ay! ¡cómo adoras, tunante,
(Aparte á Enrique, con quien forma un grupo á la izquierda.)
al santo por la peana!
ENR. No entiendo...
CARLOS. ¿A qué viene tanto
piropear á la tia,
y tanta zalamería?
ENR. Por que la tia es el santo:
y mírala de perfil.
CARLOS. ¿Pero esta señora es, chico,
á la que le falta el pico?..
ENR. Sí.
CARLOS. ¿La de los veinte mil?
ENR. Tu redentora. ¿Qué pasa?
CARLOS. ¡Torpe de mí!.. Que creia
que era la otra.
ENR. No, es la tia;
mas todo se queda en casa.
TRIN. ¿Con que tu padre?..
(A Emilia con quien continúa hablando á la derecha.)
EMIL. Es ya un pique.
INOC. (¡Cabildeo general!)
(Observando desde el centro los dos grupos).
EMIL. Ya sueña en casarme...
TRIN. ¡Hay tal! ..
EMIL. Con el amigo de Enrique.
TRIN. ¿Pero él?...
EMIL. El tendió sus redes.
INOC. (Se van á dormir con sus
apartes.) ¡Ejém! (Estornudando.)
TODOS. ¡Jesus! (Volviéndose de pronto.)
INOC. Gracias: prosigan ustedes.
TRIN. No, si ya...
INOC. Sí, que discuta

lo que quiera cada cual.

ENR. ¿Mas no oye usted? ¡La señal!

(Entusiasmado al oir los golpes que dá un director de orquesta antes de tocar.)

¡La señal de la batuta!
Y no me perdonaré
si ántes de empezar no estamos...

INOC. ¿Y usté en qué piensa?..

(A Cárlos que se habrá quedado á la izquierda muy preocupado.)

CARLOS. ¿Yo? Vamos.
Señora.. (Ofreciendo el brazo á Trinidad.)

INOC. ¡Ca! Deje usté...
Vayan delante las faldas.

ENR. Es lo mejor.

CARLOS. Vayan, pues.

INOC. Y detrás, nosotros tres
guardándoles las espaldas.

EMIL. Si no tiene usted piedad

(A Trinidad con quien se dirije á la derecha.)

y me libra de los dos,
¡ay, de mí!

TRIN. Confia en Dios
y en tu tia Trinidad.

(Inocencio, Enrique y Cárlos siguen á Trinidad y Emilia conversando con animacion y cómicas actitudes.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala elegantemente amueblada en casa de Inocencio. Puerta al fondo y laterales en segundo término: en primero, á la izquierda, otra puerta: á la derecha un balcon.

ESCENA PRIMERA.

INOCENCIO.

INOC. Haz lo que te he dicho, Emilia:
(Junto á la segunda puerta de la izquierda.)
y no me des que sentir.
¡Esmérate mucho, mucho!
que, aunque tú vales por tí,
y no has menester de adornos,
á veces el porvenir
de una señorita pende
de un cabello, créeme á mí.
¡Cuántas no han perdido novio
por cosas tan baladis
como ponerse un vestido
de gros, en vez de poplin,
ó una corbata azul pavo
en lugar de azul turquí!
No lo olvides, y con esto
no tengo más que añadir.
Vamos á ver ahora cómo
(Bajando al proscenio y examinando los muebles.)
la cosa anda por aquí.
¡Bien! ¡Muy bien! Todo en su sitio,
con naturalidad, sin

descuidos, ni pretensiones. ...
¿El balcon?.. ¡ajajá! así:
(Corriendo un poco la cortina).
dejando esa media luz
que presta cierto matiz
de suavidad á las cosas.
¡Vaya! Ya puede venir
don Cárlos cuando le plazca.
—¡Qué ganga! ¡Qué ganga, si
le caso yo con Emilia!..
¡Gran posicion!.. Gran... En fin,
ese hombre reune todo
cuanto se puede pedir.
Mentira parece sea
amigo del zascandil
de Enrique.—¡Títere mas!..
Como un loco por ahí
fué elogiando los conciertos
del Retiro, y al salir
anoche, echaba mil pestes
de la orquesta y del jardin;
vamos, yo con tales tipos
nunca podré transigir.

ESCENA II.

DICHO Y EMILIA.

(Aparece en la puerta segunda de la izquierda en traje de casa elegante y de buen gusto.)

EMIL. (Mi tia me ha asegurado
un desenlace feliz
si á papá no contrarío . . .
Seré un dócil maniquí.)
Papá. (Presentándose á Inocencio.)
INOC. Hija mia.
EMIL. ¿Qué tal?
INOC. Estás hecha un serafin.
¡Qué guapa!..
EMIL. Me alegro mucho.
INOC. Y yo me alegro por tí.
¡Ay! Cuando venga don Cárlos.....
EMIL. (Le dejaremos venir.)

INOC. Al verte, se va á quedar
con la boca abierta... así.
EMIL. Pues ya pronto va á ser eso,
porque han llamado.
INOC. ¡San Gil!
Conviene, pues, que te pongas
á bordar algo ó zurcir...
EMIL. Como usted quiera. (Tomando la labor.)
INOC. A los hombres
les hace mucho tilin
una mujer hacendosa.
EMIL. Lo contrario yo creí.
INOC. Bien, eso es cuando á ella no
se dirigen con buen fin.
EMIL. Pues manos á la obra entónces.
INOC. Justo, y yo me siento aquí.
(Sentándose de espaldas á la puerta como para que le sorprendan.)

ESCENA III.

DICHOS Y ENRIQUE.

ENR. ¿Se puede?...
INOC. ¡Esa voz!
EMIL. ¡Enrique!
¡Si es Enrique! (A Inocencio.)
INOC. (Y tantos planes
y preparativos para
recibir á ese bergante!)
ENR. Pero todavía no
me han dicho ustedes que pase.
INOC. (¡Si, como el chico es tan corto!)
Pase usted, pase adelante.
¿Y á qué viene usté á estas horas?
ENR. ¡Ah! ¿Estorbo? (Disponiéndose á irse.)
INOC. ¡Qué impresionable!
EMIL. No interprete usted tan mal
la pregunta de mi padre.
ENR. Como dice...
INOC. Hombre, lo he dicho...
porque ya llega usted tarde
para almorzar.
ENR. ¿Si? ¿Y ustedes
habrán estado esperándome?

INOC. ¡Eh!
EMIL. Nosotros...
ENR. ¡Cuánto siento!...
Pero puede aun enmendarse.
INOC. No enmiende usted...
ENR. Eso no:
ya que ustedes tan amables
son, y se habian propuesto
que yo les acompañase
hoy á la mesa...
INOC. ¡Pero, hombre!
ENR. ¿Cómo hacerles el desaire?...
No señor. ¡Vendré despues
á comer!
INOC. (¡Habrá tunante!)
ENR. ¿Está usted contento?
INOC. Mucho.
ENR. ¿Y usté, Emilia?
EMIL. Por mi parte...
INOC. Si señor, *tutti contenti.*
ENR. Pues de esto más no se trate
y vamos, con su permiso,
al objeto que me trae.
INOC. ¡Ah! ¿Viene usted con objeto?
ENR. Si señor: hay novedades.
¿Y Trinidad?
EMIL. Muy temprano
salió de casa.
ENR. Otro viaje
me cuesta; mas, como luego
he de volver... ¿Y no sabe
del pleito?
INOC. Lo que sabia
es que hoy debia fallarse.
ENR. Pues... ya se ha fallado.
EMIL. ¿Si?
INOC. ¿Consta á usted?...
ENR. ¡No ha de constarme!
INOC. ¡Y no lo ha perdido!..
ENR. No.
¡Al revés!
INOC. ¡Todo le sale!.. (Como sintiéndolo.)
EMIL. ¿Con que lo ha ganado?
(Con alegria y dejando la labor.)
ENR. ¡Vaya!
INOC. De piés nació: es indudable.

¡Qué suerte!

ENR. Es que ella tenia
la razon.

INOC. ¿Y eso es bastante?
Diga usted que si su tio...
pero mejor es que calle.

EMIL. ¡Qué gozo tendrá la pobre!..

INOC. ¡La pobre!... ¡Irrita la sangre
oir!... ¡Pues sólo falta ahora
que de tu tia te apiades
porque á los veinte mil duros,
que tiene ahuchados, añade
hoy el pico de otros diez!

ENR. Que suman treinta.

INOC. ¡Cabales!

ENR. (¡Es mi tasa! A vender tocan.)
Vamos, vamos, no pararse
en cosas pequeñas, cuando
las hay á la vista grandes.

INOC. ¿Y su amiguito de usted?

ENR. ¿Quién? ¿Cárlos? ¡Oh! Tan campante...
Y si yo pudiera hablar...

INOC. ¡Qué! ¿Tambien está de plácemes?

ENR. Tal vez...

EMIL. ¿Ha ganado?

ENR. Nó;
más confia que le ganen.

INOC. (Eso vá conmigo.) A ver...
esplique usted...

ENR. Esplicarme
mas no debo, pues se trata
de un paso muy importante,
y Cárlos, que lo ha de dar,
es quien debe revelarles...

INOC. Eso es que te vá á pedir. (A Emilia.)
—Corriente: á que Cárlos hable
esperaremos: no es justo
que usted, por nosotros, falte...

ENR. Yo tan sólo les diré....
pero no vayan á darse
ustedes por entendidos.

INOC. ¡Cá! Tú, Emilia, ya lo sabes,
cuidadito con...

EMIL. Por mí...

INOC. Diga usted, diga...

ENR. Pues hace

unas dos horas le he visto
y me ha dicho que...

INOC. Adelante.

ENR. Me ha dicho que iba á venir.

INOC. ¿Aquí?

ENR. Si.—Ya, aunque me empalen,
no digo más.—Con que abur,
y á ver cómo esos semblantes
se alegran mucho, señores,
que hoy es dia de alegrarse.

INOC. Bien, pues nos alegraremos.

EMIL. (¡Dios lo quiera!)

INOC. ¡Bah! ¡Y en grande!

ENR. Ahora pillar necesito
á un amigo y voy á escape...
sé que á estas horas almuerza.....

INOC. Pues corra usted á pillarle.

ENR. Enseguida vuelvo aquí,
y ya no habrá quien me arranque...
hablaremos, comeremos,
beberemos...

INOC. (Si, despáchate
á tu gusto.)

ENR. Luego Emilia
nos hará el indispensable
café.....

EMIL. Bien. (Nada perdona.)

ENR. Podremos saborearle
fumando un rico veguero
de aquellos que sólo salen
en los dias que repican
muy gordo, segun la frase
del señor don Inocencio;
y despues, para remate...

INOC. (¡Todavía más! Parece
que le ha hecho la boca un fraile.)

ENR. Para completar el dia,
y á fin de que nos dé el aire,
podemos ir...

INOC. ¿Al Retiro?

ENR. No señor. A cualquier parte,
ménos al Retiro. ¿Estamos?

EMIL. ¿Mas no era usted tan amante
de los conciertos?

ENR. Si... (Mientras
he tenido entrada gratis;

pero me la han suprimido)...

INOC. Ahora ya no es *dilettanti*,
ni en los conciertos encuentra
nada que sea aceptable:
¡ni el jardin!

ENR. Digo que es mala
la humedad de aquellos árboles.....
que la empresa desafina...

INOC. ¿La empresa?

ENR. ¿Qué duda cabe?

INOC. Pero sino toca pito,
¿cómo ha de desafinarse?

ENR. La empresa toca... el violon
muchas veces, y hay que darle
su leccion correspondiente.
Lo que es yo, y tengo carácter,
he jurado no volver.
¿Y quien vá allí á constiparse
entre tanto Price está
con su circo convidándole?
(Hoy me ha regalado un palco.)
¡Una empresa tan galante
que ofrece... y dá, en sus funciones,
tan continuas novedades!

EMIL. Usted siempre ha dicho que eran
los ejercicios iguales.
Que todos se reducian
á dar saltos.

ENR. Eso era ántes.
Y aun en esos mismos saltos
hay diferencias notables.
No es lo mismo hacer así: (Salta.)
que así. (Otro salto.)

INOC. Es verdad.

ENR. Y no obstante,
no puede ponerse en duda
que todo es saltar: aparte
de que en el mundo, las cosas,
segun son miradas, valen.
Aquel que mire los saltos
con desden, como dignándose....

INOC. Ese apénas los verá.

ENR. Pero si los ojos abre....

INOC. Los verá muy bien entónces.
Oiga usté, y si los vizcase,
los vería dobles.

ENR. Eso.
¡Hay nada más admirable!
En fin, á Price esta noche.
INOC. Iremos.
ENR. No se adelante
usté á comprar los billetes.
que á mí me será más fácil
tomar un palco...
EMIL. Mil gracias.
INOC. Pues á caballos de balde...
ENR. Conque hasta luego.
INOC. Hasta luego.
(¡Lástima que no se case
con Emilia!)

ESCENA IV.

DICHOS Y CÁRLOS.

ENR. ¡Mas qué miro!
(Viendo á Cárlos que aparece por el fondo derecha.)
¡Cárlos!
CÁRLOS. ¡Enrique!
INOC. Tú, á escape,
á la labor. (A Emilia.)
EMIL. Bien. (¡Paciencia!)
(Tomando la labor con resignacion.)
ENR. Conque á ver si de aquí sales
ministerial. (A Carlos.)
CARLOS. (A Enrique.) No pondré
yo muchas dificultades.
En cuanto me ofrezcan algo...
ENR. La ocasion no pierdas; date. (Váse.)
CARLOS. ¿Con que hay permiso?
INOC. (Como sorprendido.) ¡Don Cárlos!
No tiene que demandarle
usted.
CARLOS. (¡Ay! Este señor
es ya demasiado amable.)

ESCENA V.

EMILIA, INOCENCIO Y CARLOS.

INOC. ¡Tanto bueno por acá!
CARLOS. A pagar mi deuda vengo.
INOC. Pues yo tambien una tengo...
Aquí la butaca está.
(Ofreciéndole una al lado de Emilia,)
Y no agradezca usted hoy
que esa deuda satisfaga,
porque quien á gusto paga...
CARLOS. Reconocido le estoy
sin embargo...
INOC. A su bondad
debe estarlo mi familia.
—Pero no vé usted á Emilia
(Despues de una pausa.)
qué hacendosa!...
CARLOS. ¿Y Trinidad?
INOC. Gracias, buena. (Este se pasa
de cumplido.) Pues volviendo...
CARLOS. ¿Pero está?
INOC. ¿Emilia?... Cosiendo...
CARLOS. No. Trinidad.
INOC. No está en casa.
CARLOS. Hoy venir determiné,
aunque ántes creí sería.
INOC. Si, señor, ya lo sabia. (Emilia tose)
Digo, no, yo nada sé.
CARLOS. Vaya, Enrique les habrá
contado á ustedes... ¡de fijo!
INOC. Ni una palabra nos dijo.
CARLOS. Pues una vez que no está
Trinidad...
(Despues de un movimiento que esprese conformidad y como disponiéndose á hablar.)
INOC. No se contenga. (Animándole á que hable.)
CARLOS. Si ustedes permiten...
INOC. Sí.
CARLOS. Pues, con su permiso, aquí
esperaré á que ella venga.
INOC. Como usted guste.

CARLOS. ¿Y Emilia
accede?
EMIL. ¿No he de acceder?
INOC. (Vamos, es que quiere hacer
la peticion en familia.)
CARLOS. (De pronto y despues de una pausa, durante la cual habrá examinado la habitacion.)
¡Bien, amigo! Aunque sin susto,
observo ahora...
INOC. ¿Qué ha observado?
CARLOS. Que tiene usted... adornado
el cuarto con mucho gusto.
EMIL. Muy indulgente es el juez.
CARLOS. Mis palabras no retiro:
porque aquí no juzgo, admiro
la gracia y la sencillez.
INOC. (¡Parece que no, y se fija!)
CARLOS. ¡Dos cosas encantadoras!
Bien se vé que aquí hay señoras...
INOC. Aqui sólo se vé á mi hija.
EMIL. Papá...
INOC. Ella los dias pasa...
Admire usted sus primores.
CARLOS. ¡Y por todas partes flores!
¡Magnífico! Esto no es casa.
Esto es un nido hechicero.
EMIL Por favor...
INOC. Tanto no digo:
¡mas qué diferencia, amigo,
de este cuarto al de un soltero!
CARLOS. ¡Oh!
INOC. Aunque haga un gasto enorme,
nunca sale de la prosa
el hombre sin una esposa...
CARLOS. Eso es segun y conforme.
INOC. Si, que no de cualquier modo...
debe la esposa en cuestion
tener cierta educacion.
CARLOS. ¡Educacion, sobre todo!
INOC. ¡Oh! ¡Yo conozco ese artículo!
Como me ha dotado el cielo
de una hija, que es modelo...
EMIL (Me está poniendo en ridículo!)
INOC. Para una casa, no hay quien
la aventaje.
EMIL. (¡Qué bochorno!..)

INOC. Y en cuanto á cosas de adorno...
toca el piano...
CARLOS. ¿Sí? ¿Tambien?
Es una alhaja...
EMIL. De cobre.
INOC. ¡Y luego eso! ¡Qué humildad!..
CARLOS. Pero de nada, en verdad,
le sirve hacerse la pobre.
La violeta, por modesta,
no muere en su oscuro lecho,
que el aroma, á su despecho,
la descubre en la floresta.
EMIL. ¡Es que media gran distancia
de mí á la violeta!...
CARLOS. ¡Error!
Que el mérito, cual la flor,
tambien tiene su fragancia.
EMIL. Usted siempre sobresale
por su ingenio.
CARLOS. Nada de eso.
INOC. (Oyéndolos me embeleso.)
CARLOS. Por lo mucho que usted vale,
llegué anoche á sospechar,
como ya le dije, que
pensaba Enrique en usté.
INOC. ¿En ella? ¡Qué ha de pensar!
Ni piensa en mi hija querida
ninguno, en ese sentir...
EMIL. (Eso ya es mucho decir,
porque Manuel no me olvida.)
CARLOS Pues yo soy buen agorero...
INOC. ¿Y qué augura usted?
CARLOS. Que, ufano,
tendrá quien pida su mano...
INOC. (¡El! Es claro.)
EMIL. (Así lo espero.)
INOC. (Me tiene en una ansiedad...)
TRIN. ¡Conque en casa están los dos! (Dentro.)
EMIL. ¡Mi tia!
INOC. (¡Gracias á Dios!)
Aquí está ya Trinidad.
(A Cárlos por Trinidad que aparece por el fondo derecha.)

ESCENA VI.

DICHOS Y TRINIDAD.

TRIN. Y muy cansada; os lo digo...
¿pero me esperábais?
INOC. Pues...
Cárlos...
CARLOS. Estoy á los piés...
TRIN. Beso á usted la mano, amigo.
Usted me permitirá
que esta mantilla me quite...
CARLOS. Señora...
INOC. Te lo permite.
EMIL. Y la doncella aquí está. (Presentándose á Trinidad.)
TRIN. He visto á Manuel.
(Aparte á Emilia que le quitará la mantilla.)
EMIL. ¡Qué escucho!
TRIN. Y á más le he hablado.
EMIL. ¡De veras!..
TRIN. Bien merece que le quieras.
Tengo que contarte mucho.
—Que me dispense le pido (A Cárlos.)
si esperar le fué enojoso;
pero ¡ay! el pleito dichoso
todo el dia me ha traido!...
CARLOS. ¿Tiene usté un pleito?
TRIN. Tenia,
pues que, al fin, hoy se ha fallado.
EMIL. Y, á Dios gracias, lo ha ganado.
TRIN. ¿Lo sabiais?
EMIL. Todo, tia,
por Enrique.
INOC. Punto en boca.
(Á Emilia á quien habrá hecho colocar á su lado y al de Cárlos.)
CARLOS. El parabien le doy yo.
TRIN. Lo acepto, que al cabo no
disputaba una bicoca.
Diez mil duros...
CARLOS. Ya son buenos;
pero á ninguno hacen rico.
INOC. Es verdad.
CARLOS. (Ya tiene el pico

que Enrique echaba de ménos.)

TRIN. De todos modos, son tales
las ventajas que hoy consigo...
Porque usted no sabe, amigo,
lo que es luchar con curiales;
y los disgustos que dá
arrancar un nó ó un sí,
y suelte usted por aquí,
y contemple por allá,
y ¡qué congojas! ¡qué afanes!...
y hoy cita y cita mañana...
¡Ay! ¡Bien dijo la gitana!
¡Pleitos tengas y los ganes!

CARLOS. Mirada asi la cuestion...

TRIN. ¡Oh! Lo que es en este punto...

INOC. Pero vamos al asunto,
y basta de digresion,
que Cárlos tendrá impaciencia...

TRIN. Por mi parte, me acomodo.

CARLOS Pues el asunto, ante todo,
es pedir á usté una audiencia.

TRIN. ¿Cómo se la he de negar?...

INOC. Ya está el favor concedido.

CARLOS. Es que la audiencia que pido
ha de ser... particular.

INOC. ¡Particular!

TRIN. (¡Qué intencion!..)

INOC. Yo no sé cómo me esplique... (A Emilia.)

EMIL. Hace lo mismo que Enrique. (A Inocencio.)

INOC. (¡Canastos!)

EMIL. Otra edicion... (A Inocencio)

INOC. (¡Pues esto si que sería
particular, de verdad!)

CARLOS. Si no hay oportunidad
en este instante, otro dia...

TRIN. Por mí...

INOC. Pues si ella consiente,
no ha de haber impedimento
por nosotros.

CARLOS. Yo lamento...

INOC. No señor, precisamente
íbamos...

(Dando la mano á Emilia, con la que se dirije á la segunda puerta de la izquierda.)

EMIL. Sí. (¿Qué le habrá
dicho á la tia Manuel?)

INOC. (Tambien se vá tras la miel... (Significando dinero.)
como todos).
TRIN. (Recelosa.) (¿Qué querrá?)

ESCENA VII.

TRINIDAD Y CARLOS.

CARLOS. Empiezo por dar á usted
las más espresivas gracias.
TRIN. Pero podremos sentarnos,
si á usted le parece. (Sentándose.)
CARLOS. ¡Vaya! (Sentándose.)
TRIN. De esta manera, aunque sea
la audiencia un poquito larga...
CARLOS. No lo espero.—Se reduce
á dar á usted una franca
esplicacion, que si bien
su bondad no me reclama,
mi pundonor y conciencia
me están obligando á dársela.
TRIN. ¡Ay, Cárlos!—Me asusta usted.
CARLOS. Escúcheme usted con calma.
Por una casualidad,
que yo no encuentro palabras
para celebrar, la dicha
tuve la noche pasada
de ser presentado á usted.
TRIN. Si dicha usted á eso llama...
¿Mas vamos al grano?
CARLOS. El grano
es que hay una circunstancia,
harto fatal para mí,
que esa dicha me acibara.
TRIN. ¿Y qué circunstancia es esa?
CARLOS. La de estar usted ligada
por vínculos de familia
á una persona, que se halla
al frente de un ministerio.
TRIN. ¡Mi tio!—Si la charada
no me descifra usted, Cárlos...
CARLOS. Es muy fácil descifrarla;
pero sospecho que Enrique,
que es ciego cuando se trata

de enaltecer á un amigo,
para que usted me estimara,
le habrá dicho... pues, que yo...

TRIN. Que usted cada dia que habla
consigue un triunfo en las Córtes,
que su elocuencia arrebata...

CARLOS. Y no ha pensado, en su afan
de tributarme alabanzas,
en decir á usted que tengo
yo la guerra declarada
al ministerio.

TRIN. ¡Es posible!
Creí que usted le apoyaba.

CARLOS. Ahora ya será á usted fácil
comprender lo delicada
que es mi posicion aquí.
Á su tio, que idolatra
en usted...

TRIN. Sí.

CARLOS. Mis visitas
no le han de hacer mucha gracia.
Por otra parte, las gentes,
que de murmurar no se hartan,
dirán... ¡qué sé yo!.. que á usted
visito porque ando á caza
de que el Gobierno me compre
con un destino...

TRIN. ¡Qué infamia!

CARLOS. Y que usted...

TRIN. ¡Oh! Sí, que yo
voy á ser su intermediaria.

CARLOS. Cabal.

TRIN. (Este es muy astuto
ó muy cándido.) ¡Canallas!

CARLOS. Si yo encontrara algun medio
que todo lo conciliara...

TRIN. (¡Hola!) Y si esos maldicientes,
vamos á ver, acertaran,
dígame usted, ¿qué tendría
de particular?...

CARLOS. ¿Qué? ¡Cáspita!

TRIN. Es que hablo de que acertasen
en el fondo: no se trata
de que vaya usté á venderse
ni de que... ¡Pues no faltaba!...

CARLOS. Sin embargo, eso es muy sério.

TRIN. ¿Sí? Pues yo estoy empeñada
en que no haga usted la contra
más á mi tio.
CARLOS. Esperaba
esa exijencia, y por eso
dije que era delicada
mi posicion: no porque yo
trate de defender á capa
y espada la actitud mia:
á mí, la verdad, me cansa
una lucha que sostengo
con ménos razon que saña:
pero ¿qué se vá á decir
si de pronto bato palmas?...
TRIN Creo que nadie tendria
que decir una palabra.
A usted, por *fas* ó por *nefas*,
le parece hoy que quien manda
manda mal, y se lo dice
sin ambages cara á cara.
Corre el tiempo, y por aquello
de que el sábio es el que cambia
de opinion y el nécio nunca,
le parece á usted mañana
que manda bien; y en tal caso,
¿qué estraño que usted le aplauda?
Esto, más que de censura,
será digno de alabanza,
y, sobre todo, le hará
a mi tio mucha gracia,
muchísima.
CARLOS. Ya lo creo;
pues á mi, no digo nada.
TRIN. ¿Sí?
CARLOS. Por usted y por él,
se entiende.
TRIN. Pues pecho al agua.
CARLOS. Vamos, es usted temible.
TRIN. ¿Por qué, Cárlos?
CARLOS. Porque esplana
de una manera las cosas,
que ha de rendir, con su labia,
al más contumaz, no á mí ..
porque, hablando en confianza,
yo no hago la oposicion
por convencimiento.

TRIN. ¡Calla!
CARLOS. Mi oposicion no es más que una
oposicion sistemática.
Compromisos de partido...
Ni aun eso: les halagaba
la guerra á los electores,
y yo....
TRIN. (Se quitó la máscara.)
Pero hoy puede usted pensar
como le diere la gana.
Estando elegido...
CARLOS. ¿Sí?
TRIN. Pues claro está. Que se enfadan
y trinan los electores,
pues que se enfaden: que vayan
á quitarle ahora los votos
que le han dado.
CARLOS. Usted lo zanja
todo tan perfectamente...
TRIN. Lo único que en la mudanza
debe preocupar á usted,
porque esa es la parte amarga,
es que mi tio, al momento
que vea que usted proclama
como buena su política,
le saldrá con la embajada
de que acepte usté algun cargo...
CARLOS. ¡Cómo! ¿Yo?.. (¡Santa palabra!)
TRIN. ¿Pues qué? Usted se prometia
que con las manos cruzadas
le iba á dejar? ¡No señor!
Si usted apoya su marcha,
es fuerza que usted tambien
le ayude á llevar la carga.
CARLOS. ¿Con que es fuerza que le ayude?
TRIN. Eso hay que pensarlo.
CARLOS. Vaya,
Trinidad, con su permiso... (Levantándose.)
TRIN. ¿Tan pronto?
CARLOS. Ya no hace falta
que hablemos más: tiene usted
un talento que me pasma,
tanto por lo grande cuanto
por lo inverosímil.
TRIN. Gracias.
CARLOS. Por razones que algun dia

tal vez diga á usted, formada
tengo yo de las mujeres
una opinion....

TRIN. ¿Buena?

CARLOS. Mala.
¡Pero malísima!

TRIN. (Levantándose.) ¡Cárlos!

CARLOS. Vamos, me son antipáticas...

TRIN. ¿Todas?

CARLOS. Todas, ménos...

TRIN. ¿Yo?

CARLOS. Justo, que, como por mágia,
me está ya reconciliando
con el sexo.

TRIN. Bien que lo haga;
pero ante todo, por Dios,
con el tio, si es que trata
de complacerme.

CARLOS. Muy pronto
tendrá usté una prueba clara
de ello.

TRIN. A la cual, desde luego, (Tendiéndole la mano.)
quedo Cárlos obligada...

CARLOS. Si ha de pecar mortalmente
(Estrechando la mano de Trinidad.)
aquel que á usted no complazca.
¡Ay! ¡Qué envidia tengo á Enrique!

TRIN. ¿A Enrique? Y ¿por qué?

CARLOS. Por... nada.

TRIN. (Vamos, ¡ya!)

CARLOS. A los piés de usted.

TRIN. (Enrique hoy se me declara.)
No se venda usted muy caro. (Con intencion.)

CARLOS. ¿Cómo caro? (Confundido.)

TRIN. Le rogaba
que se dejara usted ver.

CARLOS. ¡Ah! ¡Sí! Prometo...

TRIN. (¡Qué sátrapa!..)

CARLOS. (Esta sabe más que todos
mis compañeros de cámara.)
(Váse por el fondo derecha.)

ESCENA VIII.

TRINIDAD.

¡Un voto más! A mi tio
le puede hacer mucha falta.
Si hemos de hablar con franqueza,
la procedencia es muy mala;
mas como en las votaciones
en esto no se repara...

ESCENA IX.

DICHA Y EMILIA.

EMIL. ¿Se fué D. Cárlos?
TRIN. Se fué;
pero volverá muy presto.
EMIL. ¡Qué pesado! Por supuesto,
¿se habrá declarado á usté?
TRIN. ¿A mí? No.
EMIL. Entónces, no atino...
TRIN. Te diré: se ha declarado;
pero no ha solicitado
mi mano.
EMIL. Pues ¿qué?
TRIN. Un destino.
EMIL. ¡Malo! ¡Dios tenga piedad
de mí!
TRIN. No te desesperes:
Cárlos tiene á las mujeres
ódio y mala voluntad.
EMIL. Pues él no dió testimonio
de eso: á lo ménos, conmigo.
TRIN. Por cálculo; mas te digo
que le debe el matrimonio
inspirar gran aversion.
EMIL. ¿Y por qué?
TRIN. ¿Por qué ha de ser?
Sin duda alguna mujer
le habrá dado una leccion,

y de ahí el rencor que tiene
á todas: aunque en él cabe
que las adule y alabe
cuando á sus planes conviene.

EMIL. No tiene que echarle en cara
mucho á Enrique.

TRIN. Otro que tal...
Y ese sí que muy formal
hoy viene y se me declara.

EMIL. Son un par... ¡Válgame Dios!
Y papá con su manía..

TRIN. Nada temas, que tu tia
te librará de los dos.

EMIL Yo por ello la bendigo.

TRIN. Y de esto ¿qué va pensando
tu padre? ¿Estará trinando
y hecho una furia conmigo?

EMIL. Diciendo que iba á tomar
una determinacion,
se acomodó en un sillon
y se puso á meditar.
¿Y sabe usted cuál ha sido
por último el resultado?

TRIN. ¿Qué sé yo?..

EMIL. Que se ha quedado
profundamente dormido.

TRIN. Pues hablemos de otra cosa.

EMIL. ¿De qué?

TRIN. ¿De qué? De Manuel.

EMIL. ¡Ay! sí, tia, hablemos de él;
digo, si usted es gustosa.

TRIN. El pobre, lleno de gozo
y de entusiasmo, su fé
creyó ver premiada, y vé...

EMIL. ¿Qué vé?

TRIN. Su gozo en un pozo.

EMIL. ¿Acaso se arrepintió
el amigo de que hablaba
en su carta, y que trataba
hoy de protejerle?

TRIN. No.
Pero hay que rectificar
lo de amigo y protejer;
que el amigo es mercader:
lo de protejer, comprar.

EMIL. Llena estoy de confusion

sin comprender el sentido...
TRIN. Ese... amigo, está metido
en una conspiracion,
y busca un empleado infiel
que el telégrafo le venda.
EMIL. ¿Y de traicion tan horrenda?..
TRIN. Se fué á tratar con Manuel,
y un tesoro le ofreció
para que se alucinara.
EMIL. Pero Manuel...
TRIN. A la cara
furioso se lo arrojó,
demostrando su altivez,
al despreciar el tesoro,
que el vil halago del oro
no quebranta su honradez.
EMIL. ¡Ah! ¡bien!
TRIN. Manuel vale mucho.
EMIL. Pero ahora... (Con pesar.)
TRIN. ¡Qué!
EMIL. Aplazará
otra vez ver á papá
para decirle...
TRIN. ¡Qué escucho!
¿Lloras su honrada pobreza?
EMIL. ¿Yo? De su amor soy avara;
mas si capaz le juzgara,
ni en sueños, de una vileza,
ántes que estrechar los lazos
con él de una eterna union,
su imágen del corazon
me arrancaria en pedazos.
TRIN. Y harias bien, si lo hicieras.
EMIL. Por bueno le quiero, tia.
TRIN. Pues, por bueno, Emilia mia,
es digno de que le quieras.
EMIL. ¿No es verdad que él lo merece?

ESCENA X.

DICHAS Y ENRIQUE.

ENR. ¡Oh, señoras! (Saliendo por el fondo derecha.)
EMIL. ¡Qué oportuno! (Con ironía.)

TRIN. Enrique... Aquí tienes uno,
(A Emilia despues de saludar á Enrique.)
que tambien se le parece.
¡Viene usted algo agitado! (A Enrique.)
ENR. Por pillar á uno corrí...
EMIL. ¿Y fué quizá en balde?
ENR. Sí:
(porque ya habia almorzado.)
Mas ver á usté, al fin, consigo; (A Trinidad.)
porque ántes vine...
TRIN. Ya sé...
ENR. A felicitar á usté.
TRIN. Usted es un buen amigo.
ENR. Pero amigo verdadero.
¿Y don Inocencio?
EMIL. Está... (Con misterio.)
ENR. Vamos, si: durmiendo la
siestecita del carnero.
EMIL. Le diré que usté ha llegado...
ENR. No: esas son chanzas pesadas...
TRIN. Si él, con dar dos cabezadas..
EMIL. Ya debe haber despertado.
ENR. Siendo así, que respetar
tendré lo que usted decida.
EMIL. Me voy ántes de que pida (A Trinidad.)
su audiencia particular.
TRIN. ¿Este pedirla? ¡Ni en broma! (A Emilia.)
ENR. Entretanto, usted y yo
hablaremos. (Resueito á Trinidad.)
EMIL. ¿La pidió? (A Trinidad)
TRIN. ¿Qué ha de pedir? Se la toma.
(A Emilia que se va por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA XI.

TRINIDAD Y ENRIQUE.

ENR. Siéntese usté. (A Trinidad con ruda franqueza.)
TRIN. Está servido.
(Sentándose con cómica naturalidad.)
ENR. La gente se entiende hablando.
TRIN. (Pues señor, me viene echando
ya los humos de marido.)
ENR. Usté y yo, gracias á Dios,

hablar muy claro podemos;
luego es decir que debemos
entendernos bien los dos.

TRIN. Despues de tal silogismo,
¿quién á creer no se inclina?

ENR. ¿Conque usted tambien opina?..

TRIN. Lo mismo que usted; lo mismo:
salvo que hubiera un tropiezo...

ENR. No es probable.

TRIN. Algun atranco...

ENR. Yo, Trinidad, soy muy franco.

TRIN. Ya lo veo.

ENR. Pues empiezo.
Vivo en la flor de la edad:
con mi cara, á mal no estoy,
y en cuanto á carácter, soy
un infeliz, Trinidad.
Libre de toda tutela,
no tengo padre, ni madre,
ni perrito que me ladre...

TRIN. ¿Pero tiene usted abuela?

ENR. No, tampoco.

TRIN. Yo creí...

ENR. ¿Por qué?...

TRIN. Nada... aprension mia.
¿Por qué ha de ser?...

ENR. En el dia
tan sólo me tengo á mí.
—Sin duda porque hoy atento
el mundo está á lo aparente
y no á lo bueno, la gente
dice que tengo talento;
aunque yo no me lo esplico,
ó el que tengo es muy menguado
cuando, despues de lo andado,
no he sabido hacerme rico.
Y esto me dá que pensar
y sériamente me aflije;
pero hace poco me dije
á fuerza de cavilar:
«Enrique, pára enseguida;
por más que te inspire Apolo,
tú no puedes hacer solo
el camino de la vida
mas que en coche de tercera,
pasaje, en verdad, amargo,

pues como es el viaje largo
se debe hacer en primera.»

TRIN. Y aun gracias que así... (¡Qué tuno!)

ENR. Del mal, el ménos.

TRIN. Sabido.

ENR. Por lo tanto, he decidido
asociarme con alguno.

TRIN. ¡Hola!

ENR. Claro.

TRIN. ¿Bien y qué?

ENR. ¿Pero usted no ha sospechado?

TRIN. ¿Yo? Nada.

ENR. ¡Si es que he pensado
que mi socio sea usté!

TRIN. ¡Cómo! ¿Yo? ¡já! ¡já! ¡já! ¡já!

ENR. Eso, sí: ria usté aprisa,
porque el asunto es de risa.

TRIN. Pero venga usted acá.
¿Que doble yo la cabeza
espera usté á esa coyunda?

ENR. Si señora.

TRIN. ¿Y en qué funda
su esperanza?

ENR. En mi franqueza.

TRIN. Pues la cosa se complica.

ENR. Si doy semejante paso,
si yo con usted me caso,
lo hago porque usted es rica.

(Movimiento de asombro en Trinidad.)

¿Para qué le he de dorar
la píldora? ¡No, eso no!
¡Qué disparate! ¡Si yo
no la quiero á usté engañar!
Pero usted juzga al revés,
por no fijarse bastante,
diciendo: «¡Este es un tunante!
¡¡Se casa por interés!!»
Y es una lógica estraña:
porque usted debe decir:
«¿Qué más puedo yo pedir?
Lo que es este no me engaña.»

TRIN. Bajo ese punto de vista...

ENR. Por cualquiera que se vea.
No hay que darle vueltas, sea
por temor á la modista
que pide ya treinta varas

de tela para un vestido,
ó porque el pan se ha subido
y las casas están caras,
ó porque haber suele abuso
de poderes en la esposa,
hoy el matrimonio es cosa
que va cayendo en desuso.
Muy pocos ponen los piés
en la calle de la Pasa,
y el que se casa, se casa
nada más por interés.
El rico por un blason;
quien lo tiene, por dinero,
y para todos un cero
va siendo ya el corazon.

TRIN. Si señor, mucho egoismo,
mucho en los hombres se vé;
pero es el caso que usté,
si se casa, es por lo mismo.

ENR Claro está, mas mi franqueza
mejora mi condicion,
porque en todos hay traicion....

TRIN. Y en usted mucha nobleza.

ENR. De ello usted es buen testigo.

TRIN. Verdad.

ENR. Aventajo á todos.

TRIN. ¡Oh! Pero de todos modos,
vamos á cuentas, amigo.

ENR. Al verdadero terreno.

TRIN. Si usté á su negocio me ata...
porque aquí solo se trata
de un negocio.

ENR. Pero bueno.

TRIN. ¿Para quién? Si á ustéd me asocio
y mi capital le doy,
¿quiere decirme qué voy
ganando yo en el negocio?

ENR. ¡Pues apénas!..

TRIN. Me confundo...

ENR. Trinidad, usted vá á ser
mi mujer, y la mujer
más venturosa del mundo.

TRIN. Sólo amor tiene virtud
para que eso se consiga.

ENR. ¿Y usted sabe lo que obliga
al hombre la gratitud?

TRIN. Si señor, sí, convenido:
(este me vá á marear).
ENR. ¿Qué le podrá á usted negar
un esposo agradecido?
Libre de todo cuidado
con los recursos de usté,
yo, Trinidad, pasaré
toda la vida á su lado,
sin que haga otra cosa mas
que secundar su deseo.
—¿Vá usté á paseo? A paseo.
—¿Vá usté á misa? Yo detrás,
sumiso como un chiquillo....
TRIN. Eso poco duraría.
ENR. ¡Cá!
TRIN. No, si es que me daria
muy pronto á mí un tabardillo.
ENR. Pues entónces fuera, fuera.
Si ese plan no es de su gusto,
yo, desde luego, me ajusto
á aquello que usted prefiera.
—Si quiere usted que me ocupe
de manejar su caudal,
por más que ganar un real
á palo seco no supe,
si con dinero me meto...
usted verá como yo
muevo ese dinero...
TRIN. No:
deje usté el dinero quieto:
que, aunque aparece en el ócio,
ya tarde usted ha llegado.
ENR. ¿Cómo es eso?
TRIN. Que he pensado
dedicarle á otro negocio. (Con mucha intencion.)
ENR. ¿Me lo dice usted formal?
TRIN. Yo, Enrique, no he de mentir
á su franqueza.
ENR. Es decir... (Escamado.)
TRIN Digo....
ENR. ¿Que tengo un rival?
TRIN. ¡Cierto, si, un rival!
ENR. ¡Gran Dios!
¿Y quién se me ha adelantado?
TRIN. ¡Chist! Que viene mi cuñado.
ENR. (¡Nos hemos de ver los dos!)

ESCENA XII.

DICHOS, EMILIA É INOCENCIO.

INOC. ¡Buena idea! ¡Como mia!
(Sale hablando con Emilia por la segunda puerta de la izquierda.)
TRIN. (¿Una idea?)
EMIL. (¿Qué será?)
ENR. (¡Yo un rival!) (Pensativo á un extremo.)
INOC. Ya no te hará
jamás mal tercio tu tia. (A Emilia.)
EMIL. Deje usted...
INOC. ¡Qué disparate!
TRIN. Algun desatino amasa. (Por Inocencio.)
INOC. (Si mi cuñada se casa, (Reflexionando)
queda fuera de combate.
Pues la voy á echar á pique.)
ENR. (Estoy dado á Belcebú.)
INOC. (¡Nada, valor!) Oye, tú. (Dirijiéndose á Trinidad.)
TRIN. ¡Pero, hombre, que está aquí Enrique!
INOC. De que esté me alegro mucho,
pues voy de una cosa á hablarte...
TRIN. ¿A mí?
INOC. Sí. Y aconsejarte
podrá.
ENR. ¿Quién? ¡Yo!
TRIN. Ya te escucho.
ENR. (La ocasion...)
INOC. Empiezo, y digo
con toda formalidad.
TRIN. ¡Ay, qué tono!...
INOC. Trinidad,
¿te quieres casar conmigo?
TRIN. ¡Casarme contigo!..
ENR. ¡Qué!
TRIN. ¿Pero es de veras?..
EMIL. Papá!..
ENR. Usted aun duerme.
INOC. ¿Yo? ¡Cá!
ENR. ¡Casarse ella con usté!..
INOC. Si ella quiere...
ENR. Intento vano.
TRIN. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

INOC. Puede que no.
EMIL. ¿Pero usted qué dice?
TRIN. ¿Yo?
Que acepto y le doy mi mano.
EMIL. ¡Cómo!
INOC. Acepta.
ENR. ¡Y á tal socio
se va usté á unir!
TRIN. ¡Claro está!
ENR. ¿Pero, señora, qué va
ganando usté en el negocio?
TRIN. Mucho.
ENR. ¿Sí?
EMIL. (¡Estoy confundida!)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS Y CÁRLOS.

CARLOS. ¡Trinidad! (Saliendo por el fondo derecha.)
TRIN. ¡Eh!
CARLOS. Trinidad...
INOC. Don Cárlos. (Saludando.)
TRIN. ¿Qué novedad?
CARLOS. Que queda usted complacida.
EMIL. (¡Qué!) (Sin comprender.)
INOC. (Ya, aunque te hagas el tierno...) (Por Cárlos.)
CARLOS. De las Córtes vengo...
TRIN. Alabo
su diligencia.
CARLOS. Y acabo
de votar con el Gobierno.
ENR. ¡Tú!
INOC. ¿Era usted de oposicion?
CARLOS. Aunque decirlo me cueste...
TRIN. Mas yo medié...
EMIL. (¡Vamos!) (Comprendiendo.)
ENR. (Este
realizó su operacion.)
INOC. Comprendo.
TRIN. Ya es de los buenos.
Pero el pobre va á tener
que fastidiarse, y que ser
gobernador... por lo ménos.

ENR. Pues que se fastidie.
CARLOS. Amen. (Resignándose.)
ENR. Y hará más.
CARLOS. Si es necesario...
ENR. Me llevas de secretario
y me fastidias tambien.
INOC. ¡Gobernador! (A Emilia.)
EMIL. (¡Buen provecho!)
TRIN. Yo apoyaré la eleccion.
ENR. Es claro: en compensacion
del agravio que me ha hecho.
CARLOS. ¡Es posible!
ENR. Me ha negado
su mano.
CARLOS. ¡Suerte fatal!
TRIN. Tropezó con un rival ..
ENR. Mas ¡qué rival!
TRIN. Mi cuñado.
INOC. Si señor, yo.
ENR. (¡Hay para ahorcarse!)
CARLOS. Yo celebro...
INOC. (¡No lo siente!)
Muchas gracias.
CARLOS. (Esta gente
tiene un afan por casarse...)
EMIL. ¿Qué sucede, tia, aquí?
TRIN. No te alarmes.
INOC. (Por Cárlos.) (Hay que ver
si me lo puedo atraer...)
ENR. Cárlos, que confio en tí.
CARLOS. En cuanto se haga lo mio...
ENR. Ya por hecho.
CARLOS. Entónces...
ENR. (¡Oh!)
EMIL. ¿Pero usted se casa? (A Trinidad.)
TRIN. ¿Yo?
¡No estás viendo que me rio!
INOC. (Ahora mi Emilia, claro es,
ha de estar solicitada...)
CARLOS. (¡Gobernador! ¡La jugada!)
ENR. (¡Secretario!)
TRIN. ¡Ojo á los tres!

(A Emilia, por Inocencio, Cárlos y Enrique, que permanecen preocupados y acariciando cada uno su idea.)

INOC. (Que digan que no lo entiendo.)
ENR. (Lo que es ahora...)

INOC. (¡Yerno habrá!)
ENR. (¡La que á mí me atrape ya!...)
EMIL. Lo que dicen no comprendo.
(A Trinidad, con quien observa desde un estremo.)
TRIN. Cada cual echa, á su modo,
sus cuentas.
EMIL. Pero ¿y la mia?..
TRIN. Ten calma. Dios y tu tia
lo arreglarán pronto todo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

(La misma decoracion del acto segundo.)

ESCENA PRIMERA.

TRINIDAD É INOCENCIO.

INOC. ¿Qué me cuentas, Trinidad?
¡Ahora me sales con eso!
TRIN. ¿Pero en qué cabeza cabe
semejante desacierto?
¡Casarnos los dos!
INOC. ¿Y qué?
¡Vaya una cosa! No creo
que tenga nada de estraño
el que tú y yo nos casemos.
TRIN. Calla, hombre...
INOC. Tu misma, ayer,
accediste....
TRIN. Si, en efecto;
mas despues lo he consultado
con la almohada, y me arrepiento.
INOC. ¡Qué salida! Quien se entere
va á decir que es esto un juego...
TRIN. No nos conviene la boda.
INOC. Te engañas de medio á medio,
que justamente razones
de conveniencia y provecho
muy atendibles están
reclamando el casamiento.
TRIN. Dime: ¿y esa conveniencia

que, á la verdad, yo no veo,
es para tí?

INOC. Y para tí,
y para Emilia.

TRIN. Esto es sério.

INOC. Trinidad, á nuestros años,
aunque yo muchos te llevo,
se debe, más que sentir,
calcular.

TRIN. Pues calculemos.

INOC. Tu no me podrás negar
pues, por desgracia, es un hecho,
que el porvenir de una jóven
cifrado está todo entero
en hallar marido, y yo,
como padre que soy. debo
procurar que mi hija Emilia
lo encuentre.

TRIN. Bien, no te niego...

INOC. Como tampoco negarme
podrás que interes en ello
debes tener, si es que quieres
á la chica...

TRIN. ¡Si la quiero!...

INOC. Pues bien: asi como estamos,
Emilia irá al cementerio
con su corona y su palma:
y lo grave del suceso
es que tú tienes la culpa.

TRIN. ¡Yo!

INOC. ¿Tú crees que no observo?..
Se presenta don Enrique
muy complaciente y atento;
en la muchacha se fija,
le dedica mil requiebros,
y cuando yo, muy tranquilo,
tenia al hombre por nuestro,
de pronto... ¡pun! media vuelta
y quema en tu altar su incienso.

TRIN. La conquista es envidiable.

INOC. Bonitos estan los tiempos
para pedir gollerias.
Vaya, ¡y si al fin á sus ruegos
accedieras!...

TRIN. ¡Dios me libre!
¿Dónde está tu entendimiento?

En primer lugar, que yo
morirme viuda he resuelto,
y en segundo, que si el diablo
me tentase por aquello
de que no puede decir
nadie de este agua no bebo,
sólo podria arrastrarme
otra vez al Himeneo
quien me quisiera... por mí,
pero no por mi dinero.

INOC. ¿Conque Enrique?..

TRIN. Puede darse
con mi desden por contento,
que otro castigo merece:
mas como es un hombre de esos
que tienen... cosas.

INOC. ¿Qué cosas
son esas?

TRIN. Un privilegio
que el mundo, débil, dá á algunos
para que, sin miramientos,
puedan vender insolencia
y cobrarla por gracejo.
Débil yo tambien, á Enrique
que venga á casa tolero;
mas no debia.

INOC. En resúmen,
que ya tienes á un sugeto
para mí inutilizado.
¡Y si fuera solo!.. Pero
viene Cárlos en seguida...

TRIN. Otro apunte que. .

INOC. ¡Ay! ¡Qué empeño!..
Otro hombre que á Emilia vé
y que ofrece el mismo ejemplo:
muy entusiasmado empieza
por decir que es un portento
de hermosura, y cuando más
derretido le tenemos,
apareces tú, y ¡adios!
si te he visto, no me acuerdo.
En cambio te pide á tí
audiencias...

TRIN. Mas el objeto
de su pretension ha sido...

INOC. Si, comer del presupuesto.

TRIN. Y nada más.
INOC. Por lo pronto;
pero despues no sabemos;
y, por si acaso, ya tú
vas preparando el terreno,
y con tu tio arreglaste
que se vaya nada ménos
que á Canarias!
TRIN. Aun queria
enviarle yo más lejos.
INOC. Y van dos hombres de baja.
Mañana vendrá un tercero...
TRIN. ¡Pero si á Cárlos le son
las mujeres en estremo
antipáticas y odiosas!...
¿Cómo ha de casarse?
INOC. ¿No? Esos
son los que caen más pronto.
TRIN. ¡Qué ilusiones!
INOC. Bien: lo cierto
es que ya por tu influencia,
ya porque tienes dinero,
haces á la pobre Emilia,
sin intencion, muy mal tercio.
¿Cómo evitarlo? Casándote.
TRIN. Vamos, ¡ya! ¡Ya lo comprendo!
INOC. De este modo, á Emilia das
una prueba de tu afecto:
ella que luchar no tiene
contigo, y yo me prometo
darle pronto ese marido
que tanto me quita el sueño.
TRIN. Ya tienen miga tus cálculos.
INOC. ¿Te convences?..
TRIN. Me convenzo
de que son... el desatino
mayor que he visto, Inocencio.
INOC. ¡Cómo! ¡Desatino! A ver,
¿y por qué?
TRIN. Vas á saberlo:
porque el porvenir de Emilia
no está, como tú has supuesto,
en encontrar un marido,
si no en encontrarle... bueno:
porque la mision de un padre
tiene un carácter muy sério

por lo que toca á ese punto,
y pensar es un gran yerro
que se cumple, con armarse
de una caña y un anzuelo:
por que yo necesidad
hoy de casarme no tengo
para dar pruebas á Emilia
de que más que tú la quiero;
y, en fin, por otras razones,
que por ahora me reservo,
porque juzgo que las dichas
ya son de bastante peso.

INOC. Lo serán; ¿pero qué quieres?
No puede así seguir esto. (Levantándose.)

TRIN. ¡Cómo! (Levantándose tambien.)

INOC. Al punto á que han llegado
las cosas, no hay más remedio
que tomar una medida
radical.

TRIN. ¿Sí?

INOC. Yo lo siento...

TRIN. ¿Qué quieres darme á entender?

INOC. Emilia y yo nos iremos...

TRIN. Me está haciendo daño oirte.

INOC. Tú considera...

TRIN. No hablemos
más del asunto.
(Dirigiéndose á la primera puerta de la derecha.)

INOC. Pero oye,
no te vayas.

TRIN. Es que tengo
que arreglar unos papeles...

INOC. ¡Ah! ¡Vamos! Si estás de arreglo....

TRIN. (¡Yo te daré una leccion!)

INOC. Pues señor, emancipémonos.

ESCENA II.

INOCENCIO.

Emilia se va á quedar
soltera, si no me muevo.
¡Oh! ¡Qué idea! Me la llevo
á tomar baños de mar.

Y, al fin de la temporada,
ó muy poco he de poder,
ó con novio ha de volver
si es que no vuelve casada.

ESCENA III.

DICHO Y EMILIA.

INOC. ¡Emilia! ¡Emilia!
EMIL. (Dentro.) Papá.
INOC. ¿Puedes venir?
EMIL. (Dentro.) Al momento.
INOC. (¡Escelente pensamiento!)
EMIL. ¿Qué quiere usted?
(Desde la segunda puerta de la izquierda.)
INOC. Ven acá,
que te voy á sorprender...
EMIL. ¿A mí? (Si le habrá la tia
contado...)
INOC. ¿Te gustaria (Muy satisfecho.)
ir, Emilia, á Santander?
EMIL. ¡Nó!
INOC. ¿No?
EMIL. ¿Qué me ha de gustar?
INOC. Pues iremos.
EMIL. (¡Ay de mi!)
¿Para qué?
INOC. Para que allí
tomes los baños de mar.
EMIL. ¿Yo?
INOC. Te convienen.
EMIL. (¡Qué escucho!)
¿Pero quién le ha dicho á usté
que á mí los baños?..
INOC. Yo sé
que á tí te convienen mucho,
y bajo otro aspecto espero
que los tales baños mires,
cuando, halagada, respires
las brisas del Sardinero.
¡Oh! No ha de pesarte el viaje
ni de él yo he de desistir.
EMIL. Pero....

INOC. En vez de discutir,
ve arreglando el equipaje.
EMIL. ¿Ya quiere usted?..
INOC. Sí, hija mia:
sobre la marcha ha de ser...
(Se dirije á la primera puerta de la derecha.)
EMIL. (¿Y Manuel?.. ¡Ah! Voy á ver
qué es lo que dice mi tia.)
(Váse por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

INOCENCIO Y ENRIQUE.

ENR. ¡Alto!
(Deteniéndose en la puerta del fondo al ver que se van Emilia é Inocencio.)
INOC. Enrique... el de las cosas.
ENR. ¡Me gusta! ¿Qué hice yo á usted
y á Emilia, para que, al verme,
echen los dos á correr?
INOC. Nada, si...
ENR. Yo no le tengo
á usted rencor...
INOC. ¿Y por qué?
ENR. Por haberme usted birlado
á Trinidad.—Ahora si es
que asusto á la gente...
INOC. No.
ENR. Si es eso, lo sentiré;
mas pronto van acabar
ustedes de padecer,
porque esta noche... (Significando irse.)
INOC. ¿Esta noche?
Y Cárlos... ¿marcha?
ENR. Tambíen.
INOC. ¿A Canarias?
ENR. Si señor.
Ya puede usted disponer
si algo se le ofrece...
INOC. Estimo...
ENR. El secretario de aquel
Gobierno es su amigo y...
INOC. Gracias.

Pues nosotros, como quien
dice, tenemos ya puestos
en el estribo los pies.

ENR. ¿Tambien de viaje?

INOC. Si tal.
Nos vamos á Santander:
es decir, al Sardinero.

ENR, ¡Magnífico!

INOC. Y esa fué
la causa de que, al entrar,
usted nos viera correr.

ENR. Vamos, cuestion de equipaje....

INOC. Justamente.

ENR. ¡Amigo, bien!
¡Usted lo entiende!

INOC. Pche.. yo...

ENR. Tomará usted un hotel
de aquellos que hay tan bonitos,
con vistas al mar... ¡Ejem!
¡Digo! ¡Va usted á pasar
una lunita de miel!..

INOC. ¡Yo!

ENR. Seré yo, sin casarme...

INOC. Vamos, hombre, tiene usted
unas cosas...

ENR. ¿Cómo es eso?

INOC. ¡Si ahora salimos con que
Trinidad se vuelve atrás!

ENR. ¡Es posible!

INOC. ¡Esa mujer
me tiene ya!..

ENR. ¡Y aun no es suya!
¡Conque qué será despues!

INOC. Erre que erre está en que no
se ha de casar otra vez.

ENR. Pues, querido compañero,
doy á usted el parabien.

INOC. No señor; pues no lo admito.

ENR. Usted sabrá...

INOC. ¡Uff! Si sé...
Cada uno se entiende y baila...

ENR. De todos modos, el buey
suelto se lame mejor.

INOC. ¡Hombre! ¡Pues usted ayer
aspiraba á no estar suelto!

ENR. Es que hoy la cosa se ve

bajo otro prisma.

INOC. ¿Bajo otro?..

ENR. ¿Qué era yo ayer?

INOC. (¡Ay! ¡Qué pez!)

ENR. Cuando uno se ahoga, ve un clavo
ardiendo, y se agarra de él.

INOC. (¡Anda! ¡anda!)

ENR. Y, con esto, entiéndase
que no trato de ofender
á Trinidad; pero como,
por suerte, hoy ningun cordel
el cuello me oprime, veo
el clavo... y lo dejo arder.

INOC. (Pues señor, las cosas de este
no me hacen gracia, al revés.)

ENR. El matrimonio es un nudo...

INOC. No vaya usted á escojer
la palabra más enérgica.
Diga usted lazo...

ENR. Y ¿por qué?
Sea nudo ó sea lazo,
siempre implica una cruel
esclavitud.

INOC. (Y lo ménos
nueve ya, de cada diez,
piensan así.)

ENR. Es necesario
dorar la jaula muy bien
para que uno se alucine
y caiga, al fin, en la red.

INOC. No es malo dorarla; pero...

ENR. Yo, al ménos, no he de caer....
Por ahora, ya estoy casado.

INOC. ¡Cómo casado! ¿Con quién?

ENR. ¡Bah! Con mi Secretaría,
que nunca, nunca ha de ser
esposa tan exigente,
como muchas que se ven.

INOC. Pues si aquí los empleados
del destino hacen mujer,
va á quedar el matrimonio
abolido.

ENR. Verdad es.

INOC. (¡Qué consuelo para un padre!...)

ENR. ¡Oh! ¡Mi jefe!

(Viendo á Cárlos que aparece por el fondo derecha.)

INOC. Pase usted
adelante... (Este tampoco
se casa... ¡Por vida de!...)

ESCENA V.

DICHOS Y CARLOS.

ENR. ¡Hola, chico!...
(A Cárlos que, sin hacerle caso, se dirije á Inocencio.)
CARLOS. Amigo mio...
INOC. Mi saludo más cortés
al digno gobernador...
CARLOS. Digno no soy; pero haré
cuanto pueda para serlo,
por gratitud y deber.
INOC. Pues quien hace lo que puede....
ENR. (Se me figura á mí que (Por Cárlos.)
se va este estirando un poco.)
INOC. ¿Con que de marcha?...
CARLOS. En el tren
correo, sí.
ENR. ¿No hay contra órden?
CARLOS. Ahora acabo de tener
con el Ministro una nueva
conferencia y otra vez
ha insistido...
ENR. ¡Pues á darle
gusto, nada!
CARLOS. ¡Ese si que es
dignísimo! ¡Qué persona
tan amable y tan!... Tendré
un pesar toda mi vida
porque yo, ciego y cruel,
le hice una guerra que está
muy léjos de merecer.
INOC. Todo el arrepentimiento
lo borra, sépalo usted.
ENR. Ya lo sabes.
CARLOS. Por más que uno
se arrepienta, queda en pié
el pecado muchas veces.
INOC. No señor.
CARLOS. Y eso que el juez

que, por fortuna, del mio
hoy me tiene que absolver
es tan indulgente...

ENR. Entónces...

CARLOS. ¡No hay muchos hombres como él!
—La prensa de oposicion
no ha llevado muy á bien
que yo me haya convertido...

INOC. Es claro.

CARLOS. ¡Y toda en tropel
se revuelve contra mí!...

ENR. Lo he visto.

INOC. ¡Envidias! ¿Y quién
de eso hace caso?

CARLOS. Lo mismo,
sin quitar y sin poner,
dice el ministro. ¡Es un hombre!...

ENR. ¡Excelentísimo!

INOC. Pues.

ENR. Pero hablando, hablando, el tiempo
se pasa que es un placer,
y luego vendrán las prisas...

CARLOS. ¡Oh! Si van á dar las tres
y he de ir al Congreso...

ENR. Y yo
á firmar... (un pagaré.)

INOC. Pero...

CARLOS. Me aguarda el ministro.

ENR. Y á mí me aguarda...

CARLOS. A los pies
de las señoras.

ENR. Abur.

INOC. ¿Pero no quiere usted ver (A Cárlos.)
á la niña? ¡Emilia! (Llamándola.)

CARLOS. Luego...

ENR. No, no las distraiga usted
por nosotros.

INOC. ¡Vaya! ¡Emilia!

CARLOS Si volveremos despues.

INOC. No importa. ¡Emilia! Aqui está.

CARLOS. (¡Se empeñó!)

ENR. (¡Cómo ha de ser!)

ESCENA. VI.

DICHOS, TRINIDAD Y EMILIA

INOC. (¡Y con la otra!)
(Al ver á Emilia que aparece discutiendo con Trinidad por la primera puerta de la izquierda.)
EMIL. Usted permita ..
CARLOS. Vaya. No las molestemos.
(A Inocencio al ver que Trinidad y Emilia discuten.)
INOC. No señor.
ENR. Si volveremos...
INOC. ¡Señoras! (Llamando la atencion de Trinidad y Emilia.)
TRIN. ¡Qué!
INOC. Que hay visita. (Por Enrique y Cárlos.)
TRIN. ¡Oh!... (Saludándoles.)
INOC. Basta de discutir.
ENR. No, por nosotros ..
CARLOS. Me enfada...
TRIN. ¡Cá! Si no era nada.
EMIL. ¿Nada?
Pues lo tengo que decir.
TRIN. ¿Aunque yo me enoje?..
EMIL. Afronto
su enojo, que á ello me obliga..
ENR. } ¡Que lo diga!
CARLOS. }
INOC. ¡Que lo diga!
ENR. (Con tal que lo diga pronto...)
INOC. ¡Atencion, pues!
TRIN. (A Emilia.) ¡Eh! ¡Das una
importancia!..
ENR. ¿Qué sucede?
INOC. Dí.
EMIL. Que la tia me cede
la mitad de su fortuna.
ENR. ¡Cómo!
CARLOS. ¡Qué!
INOC. ¡Tanto dinero! (Sin atreverse á creerlo.)
EMIL. ¡Quince mil duros!
INOC. ¡Cuñada!.. (Estupefacto.)
CARLOS. Vamos, no es mala pedrada.
ENR. ¿Y eso por qué?.. (A Trinidad.)

TRIN. Porque quiero.
INOC. (¡Quince mil duros redondos!)
TRIN. Este es el negocio á que, (A Enrique.)
segun ayer dije á usté,
destinaba yo mis fondos.
ENR. La jugada será buena,
pero... vamos, no se entiende...
TRIN. ¡Es que sólo la comprende
quien ve su dicha en la ajena!
EMIL. ¡Oh! (Abrazando á su tia.)
CARLOS. ¡Es un rasgo!...
ENR. ¡Ya lo creo!
EMIL. Que yo no acepto.
INOC. ¡Hija mia! (Alarmado.)
EMIL. No señor.
INOC. ¡Pero á tu tia
le vas á hacer ese feo!..
TRIN. No se lo hará.
INOC. (¡Me sofoco!..)
ENR. ¡Quince mil!.. (A Cárlos.)
CARLOS. ¿Ya te tentó?.. (A Enrique.)
ENR. Y jóven, y... pero no, (A Cárlos.)
para un secretario es poco.
TRIN. Es asunto decidido.
(Despues de haber hablado con Emilia.)
EMIL. Bien.
INOC. Pues no se discute.
CARLOS. Que usté, Emilia, lo disfrute
con salud... (A Emilia.)
ENR. Y con marido.
EMIL. Gracias.
INOC. (¡Ya estás buena maula!)
CARLOS. ¡Oh! Ya tendrá...
INOC. ¡Si tendrá!..
Mire usté, así... ¡Como ya
(Significando muchos con la punta de los dedos.)
se puede dorar la jaula!
TRIN. Y si así no acuden...
EMIL. Justo,
no ha de apurarme el fracaso.
INOC. Tu padre, en último caso,
te comprará uno á tu gusto.
CARLOS. Sin eso, hacer podrá alarde
de tener adoradores.
La violeta...
INOC. (¡Ay! ¡Cuántas flores!...

ENR. Mira, Cárlos, que es muy tarde...
INOC. ¡Qué ha de ser!
CARLOS. ¡Dieron las tres!
ENR. ¿Qué tal?... ¡Adios mi dinero!
CARLOS. Señoras....
TRIN. Buen viaje.
INOC. Pero....
ENR. Aun volveremos.
CARLOS. Despues.
Mas ahora he quedado en ir
al Congreso.
ENR. Y yo á cobrar...
TRIN. ¿Y se van á molestar
luego?...
INOC. Si quieren venir....
TRIN. ¿Y á qué?
ENR. A recojer los dos
las órdenes que nos den.
INOC. Nada, no se toma el tren
sin darnos aquí otro adios.
CARLOS. No.
ENR. Verás cómo conquista
(A Cárlos, con quien se dirije á tomar el sombrero.)
un marido Emilia pronto.
CARLOS. Puede ser: hay mucho tonto. (A Enrique.)
ENR. Sin embargo... (A Cárlos.)
INOC. Hasta la vista.
(A Enrique y Cárlos que saludan desde el fondo.)

ESCENA VII.

TRINIDAD, EMILIA É INOCENCIO.

EMIL. A pagar á usted no acierto....
TRIN. Con tu dicha estoy pagada.
INOC. ¿Pero, querida cuñada,
soñando estoy, ó despierto?
TRIN. ¡Hay de todo!
INOC. ¡Qué! ¡Por Dios,
Trinidad, en qué quedamos!
TRIN. ¿En qué, Inocencio? En que vamos
á hablar un poco los dos.
INOC. ¡Otra vez! ¡Esto ya es mucho!....
TRIN. Yo lo siento...

INOC. ¡Me fatigas!..
TRIN. Pero tú á quemar me obligas
hasta el último cartucho.
EMIL. Pues si ustedes han de hablar.....
TRIN. Sólo un instante.
INOC. (¡Me escamo!)
TRIN. ¡Vaya! Yo tambien reclamo
mi audiencia particular!
EMIL. Entónces...
INOC. (¡Estamos buenos!)
EMIL. En usted confio... (A Trinidad.)
TRIN. Vé. (A Emilia.)
EMIL. Ya que lo más hizo usté... (A Trinidad.)
TRIN. Descuida, que haré lo ménos.

(A Emilia que se vá por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VIII.

TRINIDAD É INOCENCIO.

INOC. ¡Qué rasgo el tuyo! ¡Qué accion
tan noble!... (A ver si se esponja....)
TRIN. No me halaga la lisonja.
INOC. (¡Malo! ¡Malo!)
TRIN. A la cuestion.
INOC. ¿Por qué, dilo sin empacho,
de nuevo á la carga vienes?
TRIN. Porque estoy viendo que tienes
ménos juicio que un muchacho.
Y, al decírtelo, repara
que me estoy riendo.
INOC. Si.
Gracias.
TRIN. Pues ¡pobre de tí
si por lo sério tomara
tu modo de proceder!
INOC. ¿Qué dices?
TRIN. No hablemos de esto....
INOC. Hablemos.
TRIN. ¿Qué te has propuesto
con ir ahora á Santander?
INOC. Pensaba....
TRIN. Con ese viaje
haces muy poco favor

á tu hija.

INOC. ¿Yo?

TRIN. ¡Sí señor,
y á mí un gravísimo ultraje!
Te lo digo sin encono
por lo que toca á la ofensa:
te conozco bien..

INOC. Dispensa...

TRIN. Mas si el ultraje perdono,
por tu hija, como una madre
velaré, y en tu porfía
verás, al fin, que su tía
la quiere más que su padre.

INOC. ¿Pero por qué? ¡Porque yo
me propongo, de amor lleno,
unirla!..

TRIN. El fin será bueno;
pero, hombre, los medios, nó.
Yo á la esperiencia me ciño:
para unir dos corazones,
no busques más eslabones
que los que forja el cariño.

INOC. Quien lleve á Emilia al altar
ha de amarla y de eso trato...

TRIN. ¿Y tú piensas, insensato,
que eso lo vas á lograr
si la exhibes por ahí,
y diciéndole al primero
que encuentres: «¡Eh, caballero!
Amela usted, porque... sí?»
De esa manera, quizá
quien ha de amarla se escame.

INOC. ¿Y no he de buscar?..

TRIN. Quien la ame
á buscarte á tí vendrá.

INOC. ¿Que vendrá? Me haces reir.

TRIN. No, no lo tomes á risa.

INOC. ¿Y no vendrá más aprisa
si se le ayuda á venir?

TRIN. ¿Aun te atreves?..

INOC. Sí, me atrevo:
tú secundas mi intencion.

TRIN. ¡Cómo! ¿Yo?

INOC. Tu donacion
á Emilia no es más que un cebo.

TRIN. Que así juzgues me incomoda.

INOC. Yo juzgo.
TRIN. Siempre al revés.
INOC. ¿No es un cebo?...
TRIN. No.
INOC. ¿Pues qué es?
TRIN. Es... un regalo de boda.
INOC. ¿Y el marido? Eso es un mito.
TRIN. Por marido no te apures.
INOC. ¿Que él vendrá? Aunque me lo jures...
TRIN. Pues que vendrá te repito.
INOC. ¿Mañana? ¡Qué patarata!..
TRIN. Mañana, ó ántes quizá.
INOC. Si, mañana bajará
chafallada la pacata.
Sin perdonar medio, yo
le busco sin encontrarle...
TRIN. Pues Emilia, sin buscarle...
INOC. ¡Qué! ¿Le encontró?
TRIN. Le encontró.
INOC. No me vayas á engañar.
TRIN. ¿Qué he de engañarte?
INOC. ¡Ay de tí!..
¿Con que Emilia tiene?..
TRIN. Si.
INOC. ¡Pues ya no hay baños de mar!
¿Y está muy enamorado
de la chica?
TRIN. Lo bastante.
INOC. ¿Y es rico, guapo, elegante?
TRIN. Lo es todo, porque es honrado.
INOC. ¡Y ademas se casa! ¡Digo!...
TRIN. Claro que se casará.
INOC. Pero ¿dónde ese hombre está
que nunca le he visto?
TRIN. ¡Amigo!
Es que los hombres de bien (Con intencion.)
no se encuentran á dos pasos:
por desgracia, tan escasos
van siendo que no se ven.
No obstante, el novio en cuestion
vive muy cerca de aqui.
INOC. ¿Con que vive cerca?
TRIN. Si.
Enfrente de ese balcon
está el suyo.
INOC Ya comprendo.

Así se habrán entendido.

TRIN. Supongo...

INOC. Mas ¡ah! (Mirando desde el balcon.)

TRIN. ¿Qué ha sido?..

INOC. A un jóven veo escribiendo.
Acércate.

TRIN. ¿A ver?-Es él. (Mirando tambien.)

INOC. ¡Me es muy simpático! ¡Mucho!..

TRIN. Se llama Manuel...

INOC. ¡Qué escucho!
¡Vaya! ¡Hasta el nombre! ¡Manuel!
(Pronunciando el nombre con satisfaccion.)
¿Y con qué afan?... ¡A destajo
está escribe que te escribe!..

TRIN. Ya se vé: como que vive
del fruto de su trabajo.

INOC. ¿Es pobre?

TRIN. Si.

INOC. Y si intencion
de unirse á la chica tiene,
¿por qué á pedirla no viene?

TRIN. Por esa misma razon.

INOC. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! Pues, de ese modo,
que se haga Emilia una cruz...
Pero ¡qué rayo de luz!..
¡Ya lo veo claro todo!
Esos quince mil del pico,
de que á mi hija haces merced,
significan: «venga usted,
venga usted, porque ya es rico.»
¿Qué me tienes que decir?..
Aunque á la vista se tenga,
á un novio, para que venga,
hay que ayudarle á venir.

TRIN. Manuel es un caballero
muy digno...

INOC. Ya lo supongo
y por eso no me opongo...
¿En donde está mi sombrero? (Buscándolo.)

TRIN. Pero advierte...

INOC. Punto en boca.

TRIN. Inocencio, por favor...

INOC. Chist.—Al buen entendedor...
Yo sé lo que hacer me toca.

TRIN. Tú nada tienes que hacer.

INOC. Voy á ultimar el asunto.

TRIN. Considera...
INOC. Vuelvo al punto.
TRIN. Lo vas á echar á perder.
INOC. ¿Quién? ¿Yo? Tu temor aplaca...
¡Pero calle! .. ¡Qué descuido!...
¡Pues apénas!..
TRIN. ¿Qué es?
INOC. ¡Que olvido
lo principal! La petaca.
(Vase por la puerta segunda de la derecha)

ESCENA IX.

TRINIDAD.

¡Jesús, qué hombre! Tan ufano
á ver á Manuel va ir,
convencido de antemano
de que lo va á seducir
con ofrecerle un habano.

ESCENA X.

TRINIDAD. INOCENCIO.

INOC. (Con el sombrero puesto y enseñando la petaca.)
¡Aqui está ya! Y bien provista
de trabucos. ¡Soy muy cuco!
TRIN. Vaya, con tanto trabuco,
¿quién duda de la conquista?
Lucido vas á quedar.
INOC. ¿Habrá quien no lo presuma?..
INOC. Sobre todo, si no fuma
el que vas á conquistar.
INOC. ¿Pues no ha de fumar Manuel?
TRIN. Si.
INOC. Y aunque no fume, dí
á tu sobrina que aquí
vendré muy pronto con él.
TRIN. Imprudente juzgo el paso.
INOC. Vamos, tú sueñas.
TRIN. No sueño:

desiste...

INOC. Abur.

TRIN. ¡Ay! ¡Qué empeño!

INOC. Lo que es esta vez... ¡la caso!

(Vase por el fondo derecha.)

ESCENA XI.

TRINIDAD.

¡Dios quiera que mi cuñado
no haga alguna tontería!...
La fortuna es que Manuel
quiere mucho á mi sobrina,
y es natural que le halague,
bajo este punto de vista...
Mas, ¿qué sé yo?—No las tengo
conmigo todas.—¡Emilia! (Llamandola.)

ESCENA XII.

DICHA Y EMILIA.

TRIN. La pobre estará impaciente...

EMIL. (Saliendo por la segunda puerta de la izquierda.)
¿Se acabó la audiencia, tia?

TRIN. Se acabó.

EMIL. Y papá ¿qué dice?

TRIN. ¿Qué ha de decir? La noticia,
que le dí de que Manuel
á ser tu marido aspira,
le ha trastornado de un modo...

EMIL. ¡Pero eso es una injusticia!

TRIN. ¡No, tonta!

EMIL. ¿Cómo que nó?

TRIN. ¡Si es que ha sido de alegría!

EMIL. ¿Es posible?

TRIN. Y tan posible.

EMIL. ¡Ay! (Respirando satisfecha.)

TRIN. Puedes estar tranquila.
Esa nueva inesperada
ha hecho á tu padre la misma

impresion que si le hubiera
tocado la lotería.

EMIL. No esperaba yo encontrarle
tan propicio.

TRIN. Y de la misa
aun no sabes la mitad.

EMIL. ¿Pues qué más hay?

TRIN. Que la vista
le echó á Manuel desde allí. (Por el balcon.)

EMIL. ¡Le conoce ya! ¿Y qué opina?
¿Le habrá gustado su aspecto?...

TRIN. Y hasta el nombre.

EMIL. No podia
ménos. Manuel es muy guapo.

TRIN. Pues basta que tú lo digas.

EMIL. ¿Y qué más ha sucedido?
¿Qué?...

TRIN. Que tu padre enseguida
tomó sombrero y petaca,
y, sin andarse en chiquitas,
se fué á hablar con tu futuro.

EMIL. ¡Ay, qué gusto!

TRIN. ¡Niña, niña!

EMIL. De mi amoroso arrebato
¿por qué causa usted se admira?
¿No le consta ya que quiero
á Manuel con alma y vida?

TRIN. Sí, me consta...

EMIL. ¿Pues qué estraño...?
¿qué estraño encuentra usted, tia,
que el corazon se alboroce
cuando vé que se realiza
lo que solo por un sueño
hasta hace poco tenia?

TRIN. Calma.

EMIL. ¿Cómo quiere usted
que la tenga?

TRIN. (¡Pobrecilla!)

EMIL. ¡Cómo, si en estos instantes
se decide de mi dicha!

TRIN. Quizá desde allí podamos
observar... (Indicando el balcon.)

EMIL. Si, tal vez... (Dirijiéndose á él.)

TRIN. ¡Mira! (Observando con Emilia.)
Los dos están discutiendo.

EMIL. Es verdad.

TRIN. ¡Cómo se anima
tu padre!
EMIL. Pero Manuel
parece que se contrista...
TRIN. Aprension tuya (Sucede
lo mismo que yo temia.)
EMIL. No es aprension.
TRIN. Sin embargo,
desde tan léjos, Emilia,
no puede juzgarse.
EMIL. ¿No?
¿Qué quiere usted que le diga?

ESCENA XIII.

DICHAS Y ENRIQUE.

ENR. Aqui me tienen ustedes
otra vez.—Señoras mias...
(Saludando desde el fondo á Emilia y Trinidad, que no le hacen caso.)
EMIL. ¡Mire usted, mire usté ahora
á Manuel! ¡Con qué energía
contesta!
TRIN. Sí. (¡Y lo peor
es que no fuma!)
ENR. (Ya pica
esto en historia.)—Señoras,
señoras... (¡Nada, no chistan!)
EMIL. En el rostro de papá
un gran disgusto se pinta.
TRIN. No cabe duda ninguna;
mas por eso no te aflijas
que hasta el fin...
ENR. ¿Pero qué es esto?
EMIL. Parece que se retira
papá.
TRIN. En efecto: ha tomado
el sombrero.
EMIL. Ahora se inclina
Manuel.
TRIN. ¡Y qué humilde!
ENR. ¡Vaya!...
¿Se puede?
(Como tomando una resolucion y gritando desde la puerta del fondo).

EMIL. ¡Cómo! (Volviéndose asustada.)
TRIN. ¿Quién grita? (Lo mismo.)
ENR. Soy yo
TRIN. Enrique.
EMIL. (¡Qué moscon!)
TRIN. ¿Le picó á usté alguna avispa?
EMIL. No nos ha dado usted mal
susto.
ENR. Mucho siento...
EMIL. ¡Tia,
si se habrá papá marchado!...
TRIN. A ver... (Volviéndose con Emilia al balcon.)
ENR. Mas tan distraidas
encontré á ustedes... que yo...
(¡Oira vez! ¿Qué significa?)
EMIL. ¡Ah! ¡Sólo veo á Manuel!
TRIN. La cosa está decidida.
(Separándose con Emilia del balcon.)
ENR. ¿Pero qué les pasa á ustedes?
EMIL Nada.
ENR. Será aprension mia.
TRIN. No la crea usted, Enrique.
EMIL. Por Dios...
TRIN. Hay muchas, muchísimas
novedades.
ENR. ¡Hola!
TRIN. Es lástima
que, por tres ó cuatro dias,
no se detengan ustedes.
ENR. ¿Y por qué?
TRIN. Porque podrian
comer dulces de la boda.
ENR. ¿Se casa usté, al fin?
TRIN. No: Emilia.
ENR. ¿Logró ya marido?
TRIN. Y bueno.
ENR. (¡Aprieta! ¡Pues ni con liga!)
EMIL. ¿Quién sabe?..
ENR. No, si en dorando
la jaula... es cosa sabida,
los hombres ..
TRIN. Vienen... así:
(Indicando muchos con los dedos.)
como Inocencio decia.
ENR. Si aquí el que no corre, vuela.
TRIN. Y el que es torpe se fastidia.
ENR. En fin, tambien en Canarias

se comen dulces: se envian...
EMIL. Si hay boda...
TRIN. Es cosa segura.
EMIL. Cuando papá me lo diga...
ENR. ¡Ah! ¿Papá lo ha de decir?...
EMIL. Si señor.
ENR. ¿Sí? Pues ¡albricias!
(Al ver á Inocencio que aparece por el fondo derecha.)
Aquí está.
INOC. ¡Es cosa de ahorcarse!
TRIN. ¡Malo! (Al ver á Inocencio de mal humor.)
ENR. (No hay dulces.)
EMIL. ¡Ay, tia!

ESCENA XIV.

DICHOS É INOCENCIO

INOC. ¡Despreciar de esa manera!...
Ese hombre no es hombre.
EMIL. ¡Qué!
TRIN. ¿Qué dices?
ENR. ¿Qué dice usté?
INOC. ¡No es hombre, no! ¡Es una fiera!
EMIL. ¡Cómo! ¿Manuel?..
TRIN. ¿Mas qué pasa?
INOC. ¡Salirme con que no... fuma!...
ENR. ¿Y es ese todo el mal, en suma?...
INOC. Es que tampoco se casa.
EMIL. ¡Ah!
TRIN. Eso era de presumir.
INOC. ¿Sí?
ENR. ¿Conque dice que nones?...
TRIN. El te habrá dado razones...
INOC. Razones... que hacen reir.
ENR. ¡El interés! ..
EMIL ¡Interés!!
ENR. Quizá no salga de apuros
con esos quince mil duros
de Emilia...
INOC. ¡Si es al revés!
EMIL. ¿Lo vé usté? (A Enrique.)
TRIN. ¿Y te desespera?
ENR. ¿Pero ese hombre?...

TRIN. Dinos pronto...
INOC. Lo que digo es que es un tonto;
pero un tonto de primera.
TRIN. Yo le tengo por honrado.
INOC. ¿Y eso qué tiene que ver?
—Van ustedes á saber
lo que con él me ha pasado.
Voy á su casa, pregunto
si me puede recibir,
y al mismo le oigo decir:
«que pase, que pase al punto.»
Penetro en su habitacion,
me saluda, le saludo;
¡hacerme entónces no pudo
una más grata impresion!
Me señala una butaca,
la acepto; le veo en pié,
sentar le hago; y cate usté
que echo mano á mi petaca,
y al darle un puro... ¡flor fina!

(Sacando la petaca y de ella un cigarro que toma y enciendo Enrique como para juzgar de su buena calidad, no sin dirijirle Inocencio una mirada significativa.)

me dice, haciendo así... un gesto,
—no, no fumo.—¡Vamos, esto
ya me dió muy mala espina!
EMIL. ¿Y por qué?...
TRIN. ¡Vaya un sofoco!
INOC. —¡Pero, hombre!—le dije yo:
—¿conque usted no fuma?—No.—
—Pues yo no fumo tampoco.—
—Puede usté hacerlo.—Es en vano...—
—Si no me molesta el humo.—
—¡Le digo á usted que no fumo,
y vamos al grano!—Al grano.—
—Sé que usted con ceguedad
quiere á mi hija.—Sí señor.—
—Sé que me oculta su amor
porque usté es pobre...—Verdad.—
—Pues si usted quiere á la chica...—
—La quiero por buena y bella...—
—Pues á casarse con ella.—
—Aun no puedo.—Es que ella es rica.—
—¡Rica!...—Su tia le dá
la mitad de su fortuna,
y, por lo tanto, ninguna

razon se opone ..

ENR. ¡Ajá já!

TRIN. (¡Qué imprudencia!)

INOC. ¡Pues, amigo,
apénas oyó esto el mozo,
se puso!...

ENR. ¿Lleno de gozo?...

INOC. ¡Hecho una furia conmigo!
¡Y vaya, vaya una arenga
que me soltó de repente!
—¡Le parece á usted decente
que mi mujer me mantenga!
Ruego á usted me deje que obre
como debo y no me aflija!
—¡Es que usted no quiere á mi hija!
—¡Si tal, mas la quiero pobre!—
Nada y no hay quien le convenza,
porque contesta: —¡Es mejor
que al fin me mate el dolor,
que no morir de vergüenza!

ENR. ¡Qué rareza!

TRIN. (Por Enrique.) (¡Qué descaro!)

ENR. No habrá dos...

EMIL. (¡Pobre Manuel!)

TRIN. ¡Qué ha de haber!..

INOC. ¡Ca!

TRIN. Como que él
es un fenómeno raro.
Manuel es tipo ideal
de virtud y abnegacion:
es una hermosa escepcion
de la regla general;
un Don Quijote sin lanza,
anacronismo viviente
en este siglo presente
(Con intencion mirando á Enrique.)
en que hay tanto Sancho Panza.

ENR. (No me doy por aludido.)

INOC. Será todo un caballero;
¡pero en un atolladero
tan grande nos ha metido!...
Porque lo que es don Manuel
no se casa.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS Y CARLOS.

CARLOS. ¡Mala peste!
¡Reniego de!.. (Saliendo por el fondo derecha.)
TRIN. ¡Cárlos!
INOC. (Este
podria sacarme de él.)
EMIL. (¡Siendo pobre!..) (Preocupada.)
CARLOS. ¡Para cuándo
serán los rayos, señor!
ENR. ¡Tambien el Gobernador
viene, al parecer, trinando!
TRIN. Es verdad.
INOC. ¡Cómo tan sério!...
CARLOS. ¿Sério? Diga usted furioso.
TRIN. ¿Pues qué sucede?
ENR. ¡Es chistoso!...
CARLOS. Que ha caido el ministerio.
ENR. ¡Eh!
TRIN. ¿Cayó?
INOC. ¡Qué dice usté!
ENR. ¡Demonio!
CARLOS. ¡Frescos estamos!
ENR. ¿Es decir... que nos quedamos?...
CARLOS. Que nos quedamos de á pié,
pues sube la oposicion.
ENR. ¡Eso es echarnos la llave!!
INOC. La cosa es grave.
ENR. ¡Y tan grave!
CARLOS. Parece una maldicion.
INOC. Ir los suyos á subir...
TRIN. Los que eran suyos ayer...
CARLOS. (Si en mediando una mujer
nada bien puede salir.)
TRIN. Paciencia.
CARLOS. No hay quien la tenga
cuando le quitan el pan...
ENR. ¡Qué diantre! Dice el refran:
«no hay mal que por bien no venga.»
INOC. ¿Y á qué toca usté ese punto?
ENR. Porque el mal, que esperimento,

me anima en este momento
á hablar á usted de un asunto.
Emilia...

INOC. (¡Dios soberano!)

EMIL. (¡Qué!)

ENR. Quizá á usted convendria...

TRIN. (¿Sí?)

INOC. (Como está en la agonía,
quiere agarrarse á su mano.)

ENR. Vivo en la flor de la edad,
con mi cara á mal no estoy,
y, en cuanto á carácter, soy...

TRIN. ¡Bueno, basta!

ENR. Trinidad...

TRIN. Si sé que vá usté á decir
que viaja mal en tercera,
que se debe ir en primera
y que se quiere usté unir...

ENR. La gratitud un marido
de mí hará...

TRIN. ¡Qué duda tiene!
Pero á Emilia no conviene
un marido agradecido;
sino uno...

ENR. A ver de qué modo.

TRIN. Que la quiera por honrada, (Con mucha intencion.
y no le agradezca nada
porque lo merezca todo.

EMIL. Muy bien dicho.

ENR. (¡Me aplastó!)

CARLOS. (¡Buen golpe de disciplina!)

INOC. Don Cárlos ¿y usted qué opina
sobre el matrimonio?

CARLOS. ¿Yo?
¿Qué opinion he de tener
si há siete años soy marido
y hace seis que arrepentido
me tiene ya mi mujer?!

INOC. ¡Qué!

EMIL. ¡Cómo!

TRIN. ¡Usted!

ENR. Es verdad.
(Que se habrá estado riendo.)

INOC. ¡Casado!

CARLOS. Con una arpía,
que me dá un pesar por dia

y un chico por Navidad.

TRIN. Tú te casas con Manuel. (A Emilia.)

INOC. ¡Pero si él quiere á la chica
pobre!

TRIN. Por tí la hice rica,
mas si ella es feliz con él
y prefiere...

ENR. (¡Qué locura!)

INOC. ¿Qué dices tú? Con franqueza... (A Emilia.)

EMIL. ¡Que anhelo ya la pobreza
que me ofrece tal ventura!

TRIN. Pues ya no te doy ni un real.

EMIL. ¡Bendita! (Abrazando á Trinidad.)

INOC. ¡Por vida de
don Manuel!

TRIN. (Yo buscaré
otro medio...)

INOC. Mas con tal
de verle á mi Emilia unido...

TRIN. Es cuanto debes pedir,
porque así puedes decir
que ella pescó un buen marido.

EMIL. Sí, papá.

INOC. Bien, me acomoda.
Pero ahora nos falta...

TRIN. Nada.

INOC. ¡Sí, mujer! -Una palmada, (Al público.)
como regalo de boda.

FIN DE LA COMEDIA.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON JOSÉ MARCO.

EN TRES ACTOS.

Libertad en la cadena.
El sol de invierno.
El peor enemigo.
Cuestion de trámites.
Ana (1).
¡Cómo ha de ser!
Hoy.
Los flacos.
La feria de las mujeres.
La mujer compuesta...
El manicomio modelo.
Receta matrimonial.
La gran jugada.
A pesca de marido.
Figuras de cera.

EN UN ACTO.

Consecuencias de un bofeton.
El dote de María.
Una tarde aprovechada (2).
La pava trufada.
Adan y Eva.
¡Sin padre!
El fondo del espejo (En prensa.)
La fiesta en paz. (Id.)

---

(1) En colaboracion con D. Juan Catalina y D. Juan Coupigny.
(2) En colaboracion con D. Fernando Martin Redondo.